

LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Según las observaciones del
Autor y fuentes autorizadas (0)

FEDERICO ENGELS

1845

Fragmentos escogidos por la Cátedra Procesos Sociales
Contemporáneos- FCPyS- UNCu

Texto recuperado en:

<http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>

Mendoza, marzo de 2013

A LAS CLASES OBRERAS DE GRAN BRETAÑA*(1)

Trabajadores!

A vosotros dedico una obra en la que he intentado describir a mis compatriotas alemanes un cuadro fiel de vuestras condiciones de vida, de vuestras penas y de vuestras luchas, de vuestras esperanzas y de vuestras perspectivas. He vivido bastante tiempo entre vosotros, de modo que estoy bien informado de vuestras condiciones de vida; he prestado la mayor atención a fin de conocerlas bien; he estudiado los diferentes documentos, oficiales y no oficiales, que me ha sido posible obtener; este procedimiento no me ha satisfecho enteramente; no es solamente un conocimiento *abstracto* de mi asunto lo que me importaba, yo quería veros en vuestros hogares, observaros en vuestra existencia cotidiana, hablaros de vuestras condiciones de vida y de vuestros sufrimientos, ser testigo de vuestras luchas contra el poder social y político de vuestros opresores. He aquí cómo he procedido: he renunciado a la sociedad y a los banquetes, al vino y al champán de la clase media, he consagrado mis horas de ocio casi exclusivamente al trato con simples *obreros*; me siento a la vez contento y orgulloso de haber obrado de esa manera. Contento, porque de ese modo he vivido muchas horas alegres, mientras al mismo tiempo conocía vuestra verdadera existencia -muchas horas que de otra manera hubieran sido derrochadas en charlas convencionales y en ceremonias reguladas por una fastidiosa etiqueta; orgulloso, porque así he tenido la ocasión de hacer justicia a una clase oprimida y calumniada a la cual, pese a todas sus faltas y todas las desventajas de su situación, sólo alguien que tuviera el alma de un mercachifle inglés podría rehusar su estima; orgulloso asimismo porque de ese modo he estado en el caso de ahorrar al pueblo inglés el desprecio creciente que ha sido, en el continente, la consecuencia ineluctable de la política brutalmente egoísta de vuestra clase media actualmente en el poder, y, muy simplemente, de la entrada en escena de esta clase.

Gracias a las amplias oportunidades que he tenido de observar al mismo tiempo a la clase media, vuestra adversaria, he llegado muy pronto a la conclusión de que tenéis razón, toda la razón, de no esperar de ella ninguna ayuda. Sus intereses y los vuestros son diametralmente opuestos, aunque trate sin cesar de afirmar lo contrario y quiera haceros creer que siente por vuestra suerte la mayor simpatía. Sus actos desmienten sus palabras. Yo espero haber aportado suficientes pruebas de que la clase media -pese a todo lo que se complace en afirmar- no persigue otro fin en realidad que el de enriquecerse por vuestro trabajo, mientras pueda vender el producto del mismo, y de dejaros morir de hambre, desde el momento en que ya no pueda sacar más provecho de este comercio indirecto de carne humana. ¿Qué han hecho ellos para demostrar que os desean el bien, como ellos dicen? ¿Han prestado jamás la menor atención a vuestros sufrimientos? ¿Jamás han hecho otra cosa que consentir en los gastos que implican media docena de comisiones de investigación

* Salvo las notas seguidas de las iniciales F. E., que son de Federico Engels, todas las demás notas son de los editores alemanes. Si la nota de Engels es de 1892, se indica esta fecha entre paréntesis.

cuyos voluminosos informes son condenados a dormir eternamente debajo de montones de expedientes olvidados en los anaqueles del *Home Office*¹. ¿Jamás han revelado sus modernos Libros Azules las verdaderas condiciones de vida de los "libres ciudadanos británicos"? En absoluto. Estas son cosas de las cuales prefieren no hablar. Ellos han dejado a un extranjero la tarea de informar al mundo civilizado sobre la situación deshonrosa en que sois obligados a vivir.

Extranjero para ellos, pero yo espero que no para vosotros. Puede ser que mi inglés no sea puro; pero abrigo la esperanza de que, a pesar de todo, resulte un inglés claro.

Ningún obrero en Inglaterra -ni tampoco en Francia, dicho sea de paso- jamás me ha considerado extranjero. Siento la mayor satisfacción al ver que estáis exentos de esa funesta maldición que es la estrechez nacional y la suficiencia nacional y que no es otra cosa a fin de cuentas que un *egoísmo en gran escala*; he notado vuestra simpatía por cualquiera que consagre honradamente sus fuerzas al progreso humano, ya se trate de un inglés o no -vuestra admiración por todo lo que es noble y bueno, ya sea producto de vuestro suelo natal o no; he hallado que sois mucho más que miembros de una nación aislada, que sólo desearían ser *ingleses*; he comprobado que sois *hombres*, miembros de la gran familia internacional de la *humanidad*, que habéis reconocido que vuestros intereses y aquellos de todo el género humano son idénticos; y es a este título de miembros de la familia "*una e indivisible*" que constituye *la humanidad*, a este título "*de seres humanos*" en el sentido más pleno del término, que yo saludo -yo y muchos otros en el continente- vuestro progreso en todos los campos y os deseamos un éxito rápido. ¡Y ante todo por el camino que habéis elegido! Muchas pruebas os esperan aún; manteneos firme, no os desalentéis, vuestro éxito es seguro y cada paso adelante, por la vía que tenéis que recorrer, servirá nuestra causa común, ¡la causa de la *humanidad*!

Federico Engels

Barmen (Prusia renana), 15 de marzo de 1845.

¹ Ministerio del Interior.

PRÓLOGO

Las páginas que siguen tratan de un asunto que inicialmente yo quería presentar simplemente en forma de capítulo, en un trabajo más amplio acerca de la historia social de Inglaterra; pero su importancia me obligó pronto a consagrarle un estudio particular.

La situación de la clase obrera es la base real de donde han surgido los movimientos sociales actuales, ya que es al mismo tiempo el punto extremo y la manifestación más visible de la desdichada situación social presente. Su resultado directo es el comunismo obrero tanto francés como alemán; y el resultado indirecto es el fourierismo, el socialismo inglés, así como el comunismo de la burguesía alemana culta. El conocimiento de las condiciones de vida del proletariado es de una necesidad absoluta si se quiere asegurar un fundamento sólido para las teorías socialistas, así como para los juicios sobre su legitimidad, y poner término a todas las divagaciones y moralejas fantásticas *pro et contra*.² Pero las condiciones de vida del proletariado sólo existen en su *forma clásica*, en su perfección, en el imperio británico, y más particularmente en Inglaterra propiamente dicha; y, al mismo tiempo, sólo en Inglaterra se hallan reunidos los materiales necesarios de una manera tan completa y verificados por encuestas oficiales, como lo exige todo estudio serio del asunto.

Durante veintiún meses, he tenido la ocasión de ir conociendo al proletariado inglés, he visto de cerca sus esfuerzos, sus penas y sus alegrías, lo he tratado personalmente, a la vez que he completado estas observaciones utilizando las fuentes autorizadas indispensables. Lo que he visto, oído y leído lo he utilizado en la presente obra. Espero que se me ataque de muchos lados, no solamente mi punto de vista, sino también por los hechos citados, sobre todo si mi libro cae en manos de lectores ingleses. Sé igualmente que se podrá señalar aquí y allá alguna inexactitud insignificante (que un inglés mismo, dada la amplitud del tema y todo lo que implica, no hubiera podido evitar) tanto más fácilmente cuanto que no existe, incluso en Inglaterra, ninguna obra que trate como la mía de todos los trabajadores; pero no vacilo un instante en retar a la burguesía inglesa a que me demuestre la inexactitud de un solo hecho de cierta importancia para el punto de vista general, que lo demuestre con la ayuda de documentos tan auténticos como los que yo mismo he producido.

Singularmente para Alemania, la exposición de las condiciones de vida clásicas del proletariado del imperio británico -y en particular en el momento presente- reviste una gran importancia. El socialismo y el comunismo alemanes, más que cualesquiera otros, han surgido de hipótesis teóricas; nosotros, teóricos alemanes, todavía conocemos demasiado poco el mundo real para que sean las condiciones sociales reales lo que nos haya podido incitar inmediatamente a transformar esta "mala realidad". Partidarios declarados de estas reformas por lo menos, casi ninguno hemos llegado al comunismo sino por la filosofía de Feuerbach que ha hecho añicos la especulación hegeliana. Las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan

² En pro y en contra.

poco conocidas entre nosotros, que incluso las filantrópicas "Asociaciones para la elevación de la clase trabajadora" en el seno de las cuales nuestra burguesía actual maltrata la cuestión social, toman continuamente por puntos de partida las opiniones más ridículas y más insípidas sobre la situación de los obreros. Sobre todo para nosotros los alemanes; el conocimiento de los hechos, en este problema, es de imperiosa necesidad. Y, si las condiciones de vida del proletariado en Alemania no han alcanzado el grado de clasicismo que ellas conocen en Inglaterra, tenemos que habérnosla en realidad con el mismo orden social que desembocará necesariamente, tarde o temprano, en el punto crítico alcanzado del otro lado de la Mancha -en caso que la perspicacia de la nación no permitiera tomar medidas a tiempo que den al conjunto del sistema social una base nueva. Las causas fundamentales que han provocado en Inglaterra la miseria y la opresión del proletariado existen igualmente en Alemania, y deben necesariamente a la larga provocar los mismos resultados. Pero, mientras tanto, la miseria *inglesa* debidamente comprobada nos dará la ocasión de comprobar igualmente nuestra miseria *alemana* y nos proporcionará un criterio para evaluar la importancia del peligro que se ha manifestado en los disturbios de Bohemia y de Silesia (3), y que, de este lado, amenaza la tranquilidad inmediata de Alemania.

Para terminar, haré todavía dos observaciones. En primer lugar, he utilizado constantemente la expresión *clase media* en el sentido del inglés *middle class* (o bien como se dice casi siempre, *middle classes*); esta expresión designa, como la palabra francesa burguesía, la clase poseedora y muy particularmente la clase poseedora distinta de la llamada aristocracia clase que en -Francia y en Inglaterra detenta el poder político directamente y en Alemania indirectamente bajo el manto de la "opinión pública". Asimismo, he utilizado constantemente como sinónimas las expresiones: "obreros" (*working men*) y proletarios, clase obrera, clase indigente y proletariado. En segundo lugar, en la mayoría de las citas he indicado el partido al cual pertenecen aquellos cuya afirmación utilizo porque, casi siempre, los liberales buscan subrayar la miseria de los distritos agrícolas, negando aquella de los distritos industriales, mientras que, a la inversa, los conservadores reconocen la penuria de los distritos industriales pero quieren ignorar aquella de las regiones agrícolas. Por este motivo es que, a falta de documentos oficiales, cuando he querido describir la situación de los obreros de fábricas siempre he preferido un documento liberal, a fin de golpear a la burguesía liberal con sus propias declaraciones, para no valerme de los *tories* o de los cartistas sino cuando conocía la exactitud de la cuestión por haberla verificado yo mismo, o bien cuando la personalidad o el valor literario de mis autoridades podía convencerme de la certeza de sus afirmaciones.

Federico Engels

Barmen, 15 de marzo de 1845.

INTRODUCCIÓN

La historia de la clase obrera en Inglaterra comienza en la segunda mitad del siglo pasado, con la invención de la máquina de vapor y las máquinas destinadas a trabajar el algodón. Es sabido que estas invenciones desencadenaron una revolución industrial que, simultáneamente, transformó la sociedad burguesa en su conjunto y cuya importancia en la historia del mundo apenas ahora comienza a comprenderse.

Inglaterra es el terreno clásico de esta revolución que fue tanto más poderosa cuanto que se hizo más silenciosamente. Por eso Inglaterra es también, el clásico país donde se desarrolla su resultado esencialísimo, el proletariado. Solamente en Inglaterra es que puede estudiarse el proletariado en todas sus relaciones y desde todos los ángulos.

Por el momento pasaremos por alto la historia de esta revolución, de su inmensa importancia para el presente y el futuro. Este estudio hay que reservarlo para un trabajo posterior más amplio. Provisionalmente, debemos limitarnos a los varios datos necesarios para comprender los hechos que expondremos, para comprender la situación actual de los proletarios ingleses.

Antes de la introducción del maquinismo, el hilado y el tejido de las materias primas se efectuaban en la propia casa del obrero. Mujeres y niñas hilaban el hilo, que el hombre tejía o que ellas vendían, cuando el padre de familia no lo trabajaba él mismo. Estas familias de tejedores vivían mayormente en el campo, cerca de las ciudades, y lo que ellas ganaban aseguraba perfectamente su existencia, ya que el mercado interior constituía todavía el factor decisivo de la demanda de telas -incluso era el único mercado-, y que la fuerza aplastante de la competencia que habría de aparecer más tarde con la conquista de mercados extranjeros y con la expansión del comercio, no pesaba aún sensiblemente sobre el salario. A esto se añadía un incremento constante de la demanda en el mercado interno, paralelamente al lento crecimiento de la población, que permitía ocupar la totalidad de los obreros; hay que mencionar además la imposibilidad de una competencia feroz entre los obreros, debido a la dispersión de la vivienda rural: En términos generales, el tejedor hasta podía tener ahorros y arrendar una parcela de tierra que cultivaba en sus horas de ocio. Él las determinaba a su antojo porque podía tejer cuando y por el tiempo que lo deseara. Desde luego, no se trataba de un verdadero campesino porque se dedicaba a la agricultura con cierta negligencia y sin sacar de ella un beneficio real; pero al menos no era un proletario, y -como dicen los ingleses- había plantado una estaca en el suelo de su patria, tenía un techo y en la escala social se hallaba en un peldaño por encima del obrero inglés de hoy día.

Así los obreros vivían una existencia enteramente soportable y llevaban una vida honesta y tranquila en toda piedad y honorabilidad; su situación material era mucho mejor que aquella de sus sucesores; ellos no tenían necesidad alguna de matarse en el trabajo, no hacían más de lo que deseaban, y sin embargo ganaban lo suficiente para cubrir sus necesidades, tenían tiempo para un trabajo sano en su jardín o su parcela, trabajo que era para ellos una distracción, y podían además participar en las diversiones y juegos de sus vecinos; y todos estos juegos: bolos, balón, etc., contribuían al mantenimiento de su salud y a su desarrollo físico.

Se trataba en su mayor parte de gente vigorosa y bien dispuesta cuya constitución física apenas se diferenciaba o no se diferenciaba del todo de aquella de los campesinos, sus vecinos. Los niños crecían respirando el aire puro del campo, y si llegaban a ayudar a sus padres en el trabajo, era sólo de vez en cuando, y no era cuestión de una jornada de trabajo de 8 ó 12 horas. El carácter moral e intelectual de esta clase se adivina fácilmente. Estos trabajadores nunca visitaban las ciudades porque el hilo y el tejido eran recogidos en sus domicilios por viajantes contra pago del salario, y así vivían aislados en el campo hasta el momento en que el maquinismo los despojó de su sostén y fueron obligados a buscar trabajo en la ciudad. Su nivel de vida intelectual y moral era de la gente del campo, con la cual frecuentemente se hallaban ligados por los cultivos en pequeña escala. Ellos consideraban a su Squire -el terrateniente más importante de la región- como su superior natural; le pedían consejo, sometían a su arbitraje sus pequeñas querellas y le rendían todos los honores que comprendían estas relaciones patriarcales. Eran personas "respetables" y buenos padres de familia; vivían de acuerdo con la moral, porque no tenían ocasión alguna de vivir en la inmoralidad, ningún cabaret ni casa de mala fama se hallaban en su vecindad, y el mesonero en cuyo establecimiento ellos apagaban de vez en cuando su sed, era igualmente un hombre respetable, las más de las veces, un gran arrendatario que tenía en mucho la buena cerveza, el buen orden y no le gustaba trasnochar. Ellos retenían a sus hijos todo el día en la casa y les inculcaban la obediencia y el temor de Dios; estas relaciones patriarcales subsistían mientras los hijos permanecían solteros; los jóvenes crecían con sus compañeros de juego en una intimidad y una simplicidad idílicas hasta su matrimonio, e incluso si bien las relaciones sexuales antes del matrimonio eran cosa casi corriente, ellas sólo se establecían cuando la obligación moral del matrimonio era reconocida de ambas partes, y las nupcias que sobrevenían pronto ponían todo en orden. En suma, los obreros industriales ingleses de esta época vivían y pensaban lo mismo que se hace todavía en ciertos lugares de Alemania, replegados sobre sí mismos, separadamente, sin actividad intelectual y llevando una existencia tranquila. Raramente sabían leer y todavía menos escribir, iban regularmente a la iglesia, no participaban en la política, no conspiraban, no pensaban, les gustaban los ejercicios físicos, escuchaban la lectura de la Biblia con un

recogimiento tradicional, y convivían muy bien, humildes y sin necesidades, con las clases sociales en posición más elevada. Pero, en cambio, estaban intelectualmente muertos; sólo vivían para sus intereses privados, mezquinos, para su telar y su jardín e ignoraban todo lo del movimiento poderoso que, en el exterior, sacudía a la humanidad. Ellos se sentían cómodos en su apacible existencia vegetativa y, sin la revolución industrial, jamás hubieran abandonado esta existencia de un romanticismo patriarcal, pero, a pesar de todo, indigna de un ser humano.

Lo cierto es que no eran hombres sino simples máquinas, trabajando para algunos aristócratas que hasta entonces habían dirigido la historia; la revolución industrial no ha hecho otra cosa que sacar la consecuencia de esta situación reduciendo enteramente a los obreros al papel de simples máquinas y arrebatándoles los últimos vestigios de actividad independiente, pero, precisamente por esta razón, incitándolos a pensar y a exigir el desempeño de su papel de hombres. Si, en Francia, ello se debió a la política, en Inglaterra fue la industria -y de una manera general la evolución de la sociedad burguesa- lo que arrastró en el torbellino de la historia las últimas clases sumidas en la apatía con respecto a los problemas humanos de interés general.

La primera invención que transformó profundamente la situación de los obreros ingleses de entonces, fue la *Jenny*(3) del tejedor James Hargreaves, de Standhill, cerca de Blackburn en el Lancashire del Norte (1764). Esta máquina era la antecesora rudimentaria de la Mule que habría de sucederla más tarde; funcionaba a mano, pero en lugar de un huso -como en el torno ordinario para hilar a mano- poseía 16 ó 18, movidos por un solo obrero. De este modo fue posible proveer mucho más hilo que antes; mientras que anteriormente un tejedor, que empleaba constantemente tres hiladores, nunca tenía suficiente hilo y con frecuencia tenía que esperar, ahora había allí más hilo del que podían tejer los obreros existentes. La demanda de productos textiles que, por otra parte, estaba en aumento, se incrementó de nuevo debido a los precios más bajos de estos productos, como consecuencia de la reducción de gastos de producción por el empleo de la nueva máquina. Como resultado, hubo necesidad de emplear a más tejedores y el salario de éstos se elevó. Y, como desde entonces el tejedor podía ganar más consagrándose a su oficio, abandonó lentamente sus ocupaciones agrícolas y se dedicó enteramente a la industria textil. En esa época una familia estaba compuesta de cuatro adultos y dos niños, que estaban limitados al trabajo de encanillado, llegaba a ganar, por 10 horas de trabajo diario, 4 libras esterlinas por semana -28 táleros al cambio prusiano actual- y a menudo más cuando los negocios marchaban bien y el trabajo urgía. No era raro que un solo tejedor ganara en su oficio 2 libras esterlinas por semana. Así es cómo la clase de los tejedores agrícolas desapareció poco a poco completamente, fundiéndose en la nueva clase de aquellos que eran exclusivamente tejedores, que vivían únicamente de su

salario, no poseían propiedad, ni siquiera la ilusión de la propiedad que confiere el arriendo de tierras. Se convirtieron por tanto en proletarios (*working men*). A esto se añade asimismo la supresión de las relaciones entre hilador y tejedor. Hasta entonces, en la medida de lo posible, el hilo era torcido y tejido bajo un mismo techo. Como ahora la Jenny, al igual que el telar, exigía una mano vigorosa, los hombres también se dedicaron al hilado y familias enteras vivían de ello; en tanto que otras, forzadas a abandonar el torno para hilar, arcaico y obsoleto, cuando carecían de los medios para comprar una Jenny, tenían que vivir únicamente del oficio de tejedor del padre de familia. Así es cómo comenzó la división del trabajo entre tejido e hilado, que por consecuencia habría de ser llevada tan lejos en la industria.

Mientras que el *proletariado industrial* se desarrollaba así con esta primera máquina, por cierto muy imperfecta, ésta dio igualmente nacimiento a un *proletariado agrícola*. Hasta entonces, había existido un gran número de pequeños campesinos propietarios, llamados yeomen, que habían vegetado en la misma tranquilidad y la misma nada intelectual que sus vecinos, los tejedores-agricultores. Ellos cultivaban su pequeña parcela de tierra con exactamente la misma negligencia que lo habían hecho sus padres, y se oponían a toda innovación con la obstinación particular de estos seres, esclavos de la costumbre, que no cambian en absoluto durante generaciones. Entre ellos había también muchos pequeños arrendatarios, no en el sentido actual del término, sino personas que habían recibido de sus padres y abuelos su pequeña parcela de tierra, ya sea a título de un arrendamiento hereditario, ya sea en virtud de una antigua costumbre, y que se habían establecido tan sólidamente como si la tierra les perteneciera en propiedad. Ahora bien, como los trabajadores industriales abandonaban la agricultura, un gran número de terrenos se hallaban vacantes, y allí se instaló la nueva clase de los *hacendados* (*grossen Pächter*), arrendando de un sólo golpe 50, 100, 200 arapendes y hasta más. Eran tenants-at-will, es decir, arrendatarios cuyo contrato podía ser rescindido cada año, y supieron aumentar el producto de las tierras por mejores métodos agrícolas y una explotación en escala más grande. Ellos podían vender sus productos más baratos que el pequeño yeomen, y éste no tenía otra solución porque su parcela ya no lo sustentaba sino vender su tierra y hacerse de una Jenny o un telar, o emplearse como jornalero, proletario agrícola, con un gran arrendatario. Su indolencia hereditaria y la manera negligente de explotar la tierra, defectos que había heredado de sus antepasados y que no había podido superar, no le dejaban otra solución, cuando fue obligado a entrar en competencia con personas que cultivaban su finca de acuerdo con principios más racionales y con todas las ventajas que confieren el cultivo en grande y la inversión de capitales con vistas a la mejora del suelo.

Sin embargo, la evolución de la industria no quedó ahí. Algunos capitalistas comenzaron a instalar Jennys en grandes edificaciones movidas por medio de

la *fuerza hidráulica*, lo que les permitió reducir el número de los obreros y vender su hilo más barato que el de los hilanderos aislados que movían su máquina simplemente a mano. La Jenny fue mejorada constantemente, con el resultado de que a cada instante una máquina se hallaba superada y debía ser transformada, incluso desechada; y si bien el capitalista podía subsistir gracias a la utilización de la fuerza hidráulica, incluso con máquinas bastante viejas, a la larga el hilandero aislado no podía hacerlo.

Estos hechos marcaban ya el advenimiento del sistema de manufacturas; conoció una nueva extensión gracias al *Spinning Throstle* (telar continuo), inventado por Richard Arkwhigt, un barbero de Preston, en el Lancashire septentrional, en 1767. Esta máquina que se llama comúnmente en alemán Kettenstuhl (telar de cadena) es, con la máquina de vapor, la invención mecánica más importante del siglo XVIII. Ella es concebida *a priori* para ser *accionada mecánicamente* y fundada en principios enteramente nuevos. Al asociar las particularidades de la Jenny y del telar continuo, Samuel Crompton, de Firwood (Lancashire)1785, creó la *mule*, y como Arkwright inventó por la misma época las *máquinas de cardar y de atar*, la manufactura devino el único sistema existente para el hilado del algodón. Poco se logró que estas máquinas fuesen utilizables para el hilado de la lana y más tarde del lino (en la primera década de ese siglo), luego de varias modificaciones poco importantes, y por esta razón se pudo reducir el trabajo manual también en estos sectores. Pero ahí no paró la cosa. En los últimos años del siglo pasado, el Dr. Cartwright, pastor protestante, había inventado el *telar mecánico*, y hacia 1804 lo había perfeccionado a tal punto que el mismo podía competir exitosamente con los tejedores manuales; y la importancia de todas estas máquinas se duplicó gracias a la *máquina de vapor* de James Watt, inventada en 1764 y empleada para mover máquinas de hilar a partir de 1785.

Estos inventos, que después fueron mejorados todos los años, decidieron la victoria del *trabajo mecánico* sobre *el trabajo manual* en los principales sectores de la industria inglesa, y toda la historia reciente de ésta nos muestra cómo los trabajadores manuales han sido desplazados de sus posiciones por las máquinas. Las consecuencias de ello fueron, de una parte, una rápida caída de los precios de todos los productos manufacturados, el desarrollo del comercio y de la industria, la conquista de casi todos los mercados extranjeros no protegidos, el crecimiento acelerado de los capitales y de la riqueza nacional; y, de otra parte, el incremento aún más rápido del proletariado, destrucción de toda propiedad, de toda seguridad de sostén para la clase obrera, desmoralización, agitación política, y todos esos hechos que repugnan tanto a los ingleses acomodados y que vamos a examinar en las páginas que siguen. Hemos vistos anteriormente qué trastorno provocó en las relaciones sociales de las clases inferiores una sola máquina tan torpe como la Jenny: desde entonces ya no es para asombrarse de lo que ha podido hacer un sistema de maquinaria

automática complejo y perfeccionado que recibe de nosotros la materia prima y la transforma en tejidos perfectos.

Sin embargo, examinemos más detenidamente el desarrollo⁶ de la industria inglesa* (18), y comencemos por una rama principal: la *industria del algodón*. De 1771 a 1775, se importaba por término medio menos de 5 millones de libras de algodón por año; en 1841, 528 millones, y la importación de 1844 llegó por lo menos a 600 millones. En 1834, Inglaterra exportó 556 millones de yardas de tejidos de algodón, 761/2 millones de libras de hilo de algodón, y artículos de géneros de punto de algodón por un valor de 1200000 libras esterlinas.

Ese mismo año la industria textil contaba con más de 8 millones de husos, 110000 telares mecánicos y 250000 manuales, sin incluir los husos de los telares continuos, y, según los cálculos de MacCulloch; este sector industrial directa o indirectamente constituía el sustento de cerca de un millón y medio de seres humanos en los tres reinos, de los cuales solamente 220000 trabajaban en las fábricas. La fuerza utilizada por estas fábricas se calculaba en 33000 caballos de fuerza motriz, producida por el vapor, y 11000 caballos de fuerza hidráulica. Actualmente estas cifras son muy superiores, pudiendo darse por seguro que en 1845 la potencia y el número de las máquinas, así como el número de obreros, es superior en 50% a aquellas de 1834. El centro principal de esta industria es el Lancashire, región donde nació; la misma ha revolucionado completamente a este condado, transformando las tierras sombrías y mal cultivadas en una comarca animada y laboriosa, ha decuplicado su población en 80 años y ha hecho brotar del suelo como por encantamiento ciudades gigantescas como Liverpool y Manchester que cuentan juntas 700000 habitantes, y sus vecinas Bolton (60000 h.), Rochdale (75000 h.), Oldham (50000 h.), Preston (60000 h.), Ashton y Stalybridge (40000 h.), así como toda una multitud de ciudades industriales.

La historia del Lancashire meridional conoció los más grandes milagros de los tiempos modernos, pero nadie ha hablado de ello, y todos estos milagros los realizó la industria textil. Por otra parte, Glasgow constituye un segundo centro para el distrito textil de Escocia, el Lanarkshire y el Refrewshire, y allí también la población de la ciudad central ha pasado de 30000 a 300000 habitantes

⁶ En el original alemán (1845): **Verwicklung** (imbricación); en la edición de 1892; **Entwicklung** (desarrollo).

* Según Porter: **The Progress of the Nation**, Londres, 1836, vol. I, 1838, vol. II, 1843, vol. III. (De acuerdo con indicaciones oficiales) y otras fuentes, en su mayoría igualmente oficiales (1892). El anterior esbozo histórico de la revolución industrial es inexacto en algunos detalles, pero en 1843-1844, no había mejores fuentes que las que he utilizado (F.E.).(77)

desde la instalación de esta industria. En Nottingham y Derby, la calcetería recibió igualmente un nuevo impulso debido a la baja del precio del hilo y un segundo impulso debido a la mejora de la máquina de hacer medias, que permitía fabricar al mismo tiempo dos de ellas con un solo telar. Desde 1777, fecha de la invención de la máquina de hacer el punto enlazado, *la fabricación de encajes* ha devenido una rama industrial importante; poco después; Lindley inventó la *máquina de point-net* y, en 1809, Heathcote la *máquina bobbin-net*, que simplificaron infinitamente la fabricación de encajes y aumentaron paralelamente el consumo en igual proporción como consecuencia del nivel moderado de los precios. Actualmente, por lo menos 200000 personas viven de esta actividad, la cual se desarrolla principalmente en Nottingham, Leicester y en el oeste de Inglaterra (Wiltshire, Devonshire, etc.).

Las ramas que dependen de la industria algodonera han conocido una expansión análoga: el blanqueo, el teñido y el estampado. El *blanqueo* por la utilización del *cloro* en lugar del oxígeno en el blanqueo químico, la *tintorería* debido al rápido desarrollo de la química, y el *estampado* gracias a una serie de invenciones mecánicas sumamente brillantes, conocieron un desarrollo que - además de la expansión de estas ramas debido al crecimiento de la industria del algodón- les aseguró una prosperidad desconocida hasta entonces.

La misma actividad se manifestó en el *beneficio de la lana*. Ésta era ya la rama principal de la industria inglesa, pero las cantidades producidas durante esos años no son nada en comparación con las que se producen actualmente. En 1782, toda la cosecha lanera de los tres años precedentes permanecía en estado bruto por falta de obreros, y así hubiera permanecido necesariamente de no haber sido por las nuevas invenciones mecánicas para el hilado de la lana. La adaptación de estas máquinas al hilado de la lana se logró con el mayor éxito. El desarrollo rápido que hemos visto en los distritos algodoneros afectó en lo adelante a los distritos laneros. En 1738, en el West-Riding, Yorkshire, se fabricaban 75000 piezas de paño; en 1817: 490000, y la expansión de la industria lanera fue tal que, en 1834, se exportaban 450000 piezas de paño más que en 1825. En 1801, se procesaba 101 millones de libras de lana (de las cuales 7 millones eran importadas); en 1835, 180 millones de libras (de las cuales 42 millones eran importadas). El distrito principal de esta industria es el West-Riding, Yorkshire; la lana inglesa de fibra larga se transforma en estambre en Bradford, y en las ciudades de Leeds, Halifax, Huddersfield, etc., la lana de fibra corta se transforma en hilos torcidos y es utilizada para el tejido; en tanto que en la región de Rochdale, Lancashire, además de manufacturas de algodón se fabrica mucha franela, y en el *oeste de Inglaterra* se fabrican las telas más finas. También en ese distrito el crecimiento de la población es notable, y, desde 1831, debe haber crecido aún más, en 20-25% por lo menos.

Cifras de población

	1801	1831
Bradford	29.000	77.000
Halifax	63.000	110.000
Huddersfield	15.000	34.000
Leeds	53.000	123.000
Conjunto del West-Riding	564.000	980.000

En 1835, en los tres reinos, el hilado de la lana se hacía en 1313 fábricas con 71300 obreros, los cuales representaban una pequeña parte de la masa que vive directa o indirectamente de la industria lanera, con la exclusión de la casi totalidad de los tejedores.

Los progresos de la *industria lanera* fueron más tardíos, ya que la naturaleza de la materia prima hacía muy difícil la utilización de la máquina de hilar. Es cierto que hacia el final del siglo anterior ya se habían hecho ensayos en este sentido en Escocia, pero no fue sino en 1810 que el francés Girard ideó un método práctico de *hilada del lino*, si bien a estas máquinas no se le dio la importancia que tenían hasta que les fueron introducidas mejoras en Inglaterra y se emplearon⁷ allí en gran escala en Leeds, Dundee y Belfast. Entonces la industria lanera inglesa experimentó un rápido desarrollo. En 1814, Dundee recibió 3000 toneladas* de lino, en 1835 unas 19000 toneladas de lino y 3400 toneladas de cáñamo. La exportación de tela irlandesa hacia la Gran Bretaña pasó de 32 millones de yardas en 1800 a 53 millones en 1825, gran parte de la cual fue reexportada; la exportación de tela inglesa y escocesa pasó de 24 millones de yardas en 1820 a 51 millones en 1833. En 1835, el número de hilanderías de lino era de 347, con 33000 obreros, de las cuales la mitad se hallaba en Escocia meridional, más de 60 en el West-Riding, Yorkshire (Leeds y sus alrededores), 25 en Belfast, Irlanda, y el resto en Dorsetshire y Lancashire. La tejedura se hace en Escocia meridional, en diversos puntos de Inglaterra, y sobre todo en Irlanda. Los ingleses emprendieron con el mismo éxito el *beneficio de la seda*. Ellos recibían de Europa meridional y de Asia la materia prima ya hilada, y el trabajo esencial consistía en torcer la seda cruda (tramaje).

Hasta 1824, los derechos de aduana que, gravaban pesadamente la importación de seda en bruto (4 chelines por libra) afectaban seriamente a la industria inglesa de la seda y ella disponía solamente, debido a los derechos protectores,

* La ton, o tonelada inglesa corresponde a 2 240 libras inglesas (1892). Es decir, cerca de 1000 kilos. (F. E.).

⁷ (1892) und durch ihre (1845) und ihre

del mercado inglés y el de sus colonias. En ese año los derechos de importación fueron reducidos a un penique e inmediatamente el número de fábricas se incrementó notablemente; en un año el número de máquinas de reunir pasó de 780000 a 1180000; y si bien la crisis económica de 1825 paralizó momentáneamente esta rama industrial, en 1827 ya se fabricaba más que nunca, pues los talentos mecánicos y la experiencia de los ingleses aseguraban a sus máquinas de urdir la ventaja sobre las instalaciones inferiores de sus competidores. En 1835, el imperio británico poseía 263 fábricas de urdir con 30000 obreros, ubicadas en su mayoría en Cheshire (Macclesfield, Coglenton y los alrededores), en Manchester y Somerstshire. Por otra parte, todavía existen muchas fábricas para el tratamiento de los desperdicios de los capullos de seda, que sirve para hacer un artículo particular (spunsilk -hilados de seda) que los ingleses suministran a hilanderías de París y de Lyon. El tejido de seda así urdida e hilada se efectúa sobre todo en Escocia (*Paisley, etc.*) y en Londres (*Spitalfields*), pero igualmente en Manchester y otras partes.

Sin embargo, el desarrollo gigantesco alcanzado por la industria inglesa desde 1760 no se limita a la fabricación de telas de vestido. El impulso, una vez iniciado, se comunicó a todas las ramas de la actividad industrial y una multitud de invenciones, que no tenían relación alguna con aquellas que hemos citado, duplicaron su importancia debido a que surgieron en medio del movimiento general. Pero al mismo tiempo, luego que se demostró la importancia incalculable del empleo de la fuerza mecánica en la industria, se hicieron todos los esfuerzos para extender la utilización de esta fuerza a todos los campos y para explotarla⁸ a beneficio de los diversos inventores e industriales; además, la demanda de máquinas, combustibles, material de transformación redobló la actividad de una multitud de obreros y de oficios. Sólo con el empleo de la máquina de vapor es que se empezó a dar importancia a los inmensos *yacimientos carboníferos* de Inglaterra. La *fabricación de máquinas* data solamente de ese momento, así como el nuevo interés que se dio a las *minas de hierro*, que suministraban la materia prima para las máquinas. El incremento del consumo de lana desarrolló la cría de ovejas, y el aumento de la importación de lana, de lino y de seda tuvo por efecto un crecimiento de la marina mercante inglesa. Fue sobre todo la *producción de hierro* la que se incrementó. Las montañas inglesas, ricas en hierro, habían sido poco explotadas hasta entonces; siempre se había fundido el mineral de hierro con carbón de madera, el cual -debido a la mejora de los cultivos y al desmonte de tierras- resultaba cada vez más caro y escaso. Sólo en el siglo anterior es que se comenzó a utilizar para este propósito la hulla sulfurada (coke) y, a partir de 1780, se descubrió un nuevo método para transformar el hierro fundido con coke, hasta entonces utilizable solamente bajo la forma de arrabio, en hierro utilizable igualmente para la forja. A este método, que

⁸ (1892) zu benutzen: "utilizarla" (1845) auszubeuten

consiste en extraer el carbono mezclado con el hierro en el proceso de fusión, los ingleses dan el nombre de *puddling*, y gracias al mismo se abrió un nuevo campo para la producción siderúrgica inglesa. Se construyeron altos hornos cincuenta veces mayores que antes, se simplificó la fusión del mineral con la ayuda de insufladores de aire caliente y se pudo así producir acero a un precio tan ventajoso que en lo adelante se fabricó una multitud de objetos que antes se hacían de madera o de piedra. En 1788, Thomas Payne, el célebre demócrata, construyó en el condado Yorkshire el primer puente de acero que fue seguido de un gran número de otros puentes, aunque actualmente casi todos los puentes, en particular sobre las vías férreas, son de hierro fundido e incluso en Londres existe uno sobre el Támesis, el puente Southwalk, fabricado de este material. Asimismo, son de uso corriente las columnas de acero y las armazones para máquinas de igual material; y, desde la puesta en servicio del alumbrado de gas y los ferrocarriles, se abren nuevos campos para la producción siderúrgica en Inglaterra. Los clavos y los tornillos fueron poco a poco igualmente fabricados por máquinas. Huntsman, de Sheffield, descubrió en 1760 un modo para fundir el acero que hizo superflua una buena cantidad de trabajo y facilitó la fabricación de artículos baratos; y es entonces solamente gracias a la mayor pureza de los materiales disponibles, gracias asimismo al perfeccionamiento de las herramientas, a las nuevas máquinas, y a una división más minuciosa del trabajo, que la fabricación de productos metalúrgicos devino importante en Inglaterra. La población de Birmingham creció de 73000 h. en 1801 a 200000 en 1844, la de Sheffield de 46000 en 1801 a 110000 en 1844, y el consumo de carbón de solamente esta última ciudad alcanzó la cifra de 515000 toneladas en 1836. En 1805, se exportó 4300 toneladas de productos siderúrgicos y 4600 toneladas de hierro en lingotes; en 1834, 16200 toneladas de productos metalúrgicos y 107000 toneladas de hierro en lingotes; y la extracción de mineral de hierro que en 1740 fue de sólo 17000 toneladas llegó a casi 700000 toneladas en 1834. Solamente la fusión del hierro en lingotes consume más de 3 millones de toneladas de carbón por año, y no se podría imaginar la importancia que han adquirido en términos generales las minas de carbón en los últimos sesenta años. Todos los yacimientos carboníferos de Inglaterra y de Escocia son actualmente explotados, y las minas de Northumberland y de Durham producen ellas solas más de 5 millones de toneladas anualmente para la exportación, y dan ocupación a 40 ó 50 mil obreros. Según el *Durham Chronicle*,⁽¹⁹⁾ había en actividad en esos dos condados 14 minas de carbón en 1753, 40 en 1800, 76 en 1836, y 130 en 1843. Por lo demás, todas las minas son actualmente explotadas mucho más activamente que antes. Asimismo, se explotan más activamente las *minas de estaño*, de *cobre* y de *plomo*, y paralelamente a la expansión de la *fabricación de vidrio* se creó una nueva rama industrial con la fabricación de *objetos de barro* que hacia 1763 adquirió importancia gracias a Josiah Wedgwood. Este redujo toda la fabricación de la vajilla de barro vidriado a principios científicos, mejoró el gusto del público y

fundó las *alfarerías* del Staffordshire del norte, región de ocho leguas cuadradas inglesas, que antes era un desierto estéril, y ahora se halla sembrada de fábricas y viviendas, y más de 60000 personas viven de esta industria.

Todo fue arrastrado por este movimiento, este torbellino universal. La *agricultura* fue igualmente transformada. Y, como hemos visto, no sólo las tierras pasaron a manos de otros poseedores y cultivadores, sino que además fueron afectadas de otra manera. Los grandes cultivadores emplearon su capital en la mejora del suelo, derribaron las inútiles cercas de separación, utilizaron mejores instrumentos e introdujeron una alternación sistemática en los cultivos (*cropping by rotation*). Ellos también se beneficiaron del progreso de las ciencias. Sir Humphrey Davy aplicó con éxito la química a la agricultura, y el desarrollo de la mecánica le produjo gran número de ventajas. Por otra parte, el crecimiento de la población provocó tal alza en la demanda de productos agrícolas que, de 1760 a 1834, se desmontaron 6840540 arpendes ingleses de tierras estériles, y, a pesar de todo, Inglaterra, de país exportador de trigo se convirtió en importador.

Igual actividad en el establecimiento de *vías de comunicación*⁹. De 1818 a 1929, se construyó en Inglaterra y en el país de Gales mil leguas inglesas de carreteras, de un ancho legal de 60 pies, y casi todas las carreteras antiguas fueron renovadas según el principio de Mac Adam. En Escocia, los servicios de obras públicas construyeron, a partir de 1803 poco más o menos, 900 leguas de carreteras y más de 1000 puentes, lo cual permitió a las poblaciones de las montañas ponerse súbitamente en contacto con la civilización. Hasta entonces la mayoría de los montañeses habían sido cazadores furtivos y contrabandistas; en lo adelante se convirtieron en agricultores y artesanos laboriosos y, aunque se han creado escuelas galesas a fin de conservar la lengua, las costumbres y la lengua galo-célticas están en vías de una rápida desaparición ante el progreso de la civilización inglesa. Lo mismo ocurre en Irlanda. Entre los condados de Cork, Limerick y Kerry se extendía antes una región desértica, sin caminos transitables, que debido a su inaccesibilidad era el refugio de todos los criminales y el principal bastión de la nacionalidad celta-irlandesa en el sur de la isla: Se la surcó de carreteras y se permite así a la civilización penetrar incluso en este país salvaje.

El conjunto del imperio británico, pero sobre todo Inglaterra, que hace sesenta años poseía tan malos caminos como los de Francia y Alemania en esa época, está cubierto hoy de una red de magníficas carreteras; y éstas se deben, como casi todo en Inglaterra, a la industria privada, porque el estado ha hecho muy poco o nada en este campo.

⁹ (1892) Kommuikationen (1845) Kommunikation

Antes de 1755, Inglaterra poseía muy pocos canales. En 1755, en Lancashire, se construyó el canal de Sankey Brook en St. Helens; y en 1759 James Brindley construyó el primer canal importante, el de duque de Bridgewater que va de Manchester y las minas de esta región a la desembocadura del Mersey y que, en Barton, pasa mediante un encañado por encima del río Irwell. Desde entonces es que data la red de canales ingleses a la cual Brindley fue el primero en darle importancia; se trazaron canales en todas direcciones, y se hicieron navegables los ríos. En Inglaterra solamente hay 2200 leguas de canales y 1800 leguas de ríos navegables; en Escocia se construyó el canal caledonio que atraviesa el país de parte a parte, y en Irlanda también diferentes canales. Estas instalaciones, como los ferrocarriles y las carreteras, se deben casi todas a la iniciativa particular y a las compañías privadas.

La construcción de ferrocarriles es de fecha reciente. La primera vía importante fue la de Liverpool a Manchester (inaugurada en 1830); desde entonces, todas las grandes ciudades han sido unidas por vías férreas. Por ejemplo, el ferrocarril de Londres a Southampton, Brighton, Dover, Colchester, Cambridge, Exeter (vía Bristol) y Birmingham; de Birmingham a Gloucester, Liverpool, Lancaster (vía Newton y Wigan y vía Manchester y Bolton), además a Leeds (vía Manchester y Halifax y vía Leicester, Dervy y Sheffield); de Leeds a Hull y Newcastle (vía York...). Añadamos a ello las numerosas vías menos importantes, en construcción o en proyecto, que pronto permitirán ir de Edimburgo a Londres en un solo día.

Del mismo modo que el vapor había revolucionado las comunicaciones en tierra, dio también a la navegación un nuevo prestigio. El primer barco de vapor navegó en 1807 por el Hudson en la América del Norte; en el imperio británico el primero fue lanzado al agua en el Clyde. Desde esa fecha, se han construido más de 600 en Inglaterra y en 1836 más de 500 se hallaban activos en los puertos británicos.

Tal es, en suma, la historia de la industria inglesa en los últimos sesenta años, una historia que no tiene igual en los anales de la humanidad. Hace sesenta u ochenta años, Inglaterra era un país como todos los demás, con pequeñas ciudades, una industria poco importante y elemental, una población esparcida, pero relativamente importante; y ahora es un país sin par, con una capital de 2 millones y medio de habitantes, ciudades industriales colosales, una industria que abastece al mundo entero, y que fabrica casi todo con la ayuda de las máquinas más complejas, una población densa, laboriosa e inteligente, cuyas dos terceras partes son empleadas por la industria¹⁰, y que se compone de clases muy diferentes de aquellas de antaño, que incluso constituye enteramente otra nación, con otras costumbres y otras necesidades distintas a

¹⁰ En las ediciones inglesas de 1887 y 1892... **trade and commerce** (industria y comercio).

las de antes. La revolución industrial tiene para Inglaterra ya significación que tuvo para Francia la revolución política y la revolución filosófica para Alemania, y la diferencia existente entre Inglaterra de 1760 y aquella de 1844 es por la menos tan grande como aquella que diferencia la Francia del antiguo régimen¹¹ de aquella de la revolución de julio. Sin embargo, el fruto más importante de esta revolución industrial es el proletariado inglés.

Ya hemos visto que el proletariado nació de la introducción del maquinismo. La rápida expansión de la industria exigía brazos; el salario aumentó por consecuencia, y grupos compactos de trabajadores procedentes de las regiones agrícolas emigraron hacia las ciudades. La población creció a un ritmo acelerado, y casi todo el incremento se debió a la clase de los proletarios.

Por otra parte, no fue sino hasta el comienzo del siglo XVIII que reinó cierto orden en Irlanda; allí también la población, más que diezmada por la barbarie inglesa durante las perturbaciones anteriores, se incrementó rápidamente, sobre todo después que el desarrollo industrial comenzó a atraer hacia Inglaterra una ola de irlandeses. Así es cómo nacieron las grandes ciudades industriales y comerciantes y de contactos artesanos. Del mismo modo tres cuartas partes de la población forma parte de la clase obrera, y donde la pequeña burguesía se compone de comerciantes y de contactos artesanos. Del mismo modo que la nueva industria no adquirió importancia sino desde el día en que transformó las herramientas en máquinas, los talleres en fábricas, y por ende la clase trabajadora mediana en proletariado obrero, los negociantes de antes en industriales; del mismo modo, en efecto, la pequeña clase media fue aplastada y la población reducida a la simple oposición entre capitalistas y obreros; es lo mismo que ha ocurrido fuera del sector industrial en el sentido estricto de la palabra entre los artesanos e incluso en el comercio. Así, a los maestros y oficiales de antes han sucedido los grandes capitalistas y los obreros que jamás tenían la perspectiva de elevarse por encima de su clase; el artesanado se industrializó, la división del trabajo se efectuó con rigor, y los pequeños artesanos que no ahora que los maestros son despojados por los industriales, que la puesta en marcha de un negocio autónomo requiere grandes capitales, podían competir con los grandes establecimientos fueron lanzados a las filas de la clase proletaria. Pero, al mismo tiempo, la eliminación de ese artesanado, el exterminio de la pequeña burguesía, quitaron al obrero toda posibilidad de convertirse él mismo en burgués. Hasta entonces siempre había tenido la perspectiva de poder establecerse como maestro en alguna parte, y tal vez contratar a oficiales más tarde; pero es cuando el proletariado ha devenido realmente una clase estable de la población, en tanto que antes se hallaba con frecuencia en un estado de transición para el acceso a la burguesía.

¹¹ En francés en el texto alemán. "Ancien régime" (antes de la revolución francesa 1789-1794)

En adelante, quien naciera obrero no tenía otra perspectiva que la de ser un proletario toda su vida. Por tanto en lo adelante -por primera vez- el proletariado era capaz de emprender acciones autónomas.

De esta manera es cómo se reunió la inmensa masa de obreros que ocupa actualmente todo el imperio británico, y cuya situación social llama cada día más la atención del mundo civilizado.

La situación de la clase obrera, es decir, la situación de la inmensa mayoría del pueblo, o también la cuestión siguiente: ¿cuál debe ser la suerte de esos millones de seres que no poseen nada, que consumen hoy lo que ganaron ayer, cuyos descubrimientos y el trabajo han labrado la grandeza de Inglaterra, que diariamente se hacen más conscientes de su fuerza, y exigen cada día más imperiosamente su parte de las ventajas que procuran las instituciones sociales? -desde la "ley de reforma"(20), ésta se ha convertido en la cuestión nacional. Ella es el común denominador de todos los debates parlamentarios de alguna importancia, y aunque la clase media inglesa no quiera admitirlo todavía, aunque trate de eludir esta importante cuestión y haga pasar sus intereses particulares por los verdaderos intereses de la nación, esos expedientes no le servirán de nada. Cada período de sesiones del Parlamento ve la clase obrera ganar terreno y los intereses de la clase media perder importancia, y aunque la clase media sea la principal e incluso la única fuerza en el Parlamento, la última sesión de Cámara de los Comunes, ha sido el héroe de esta sesión, en tanto 1844 no ha sido más que un largo debate sobre las condiciones de vida de los obreros (ley de los pobres, ley de fábricas, ley sobre las relaciones entre poderosos y subordinados)(21), y Thomas Duncombe, representante de la clase obrera en la que la clase media liberal con su moción sobre la supresión de las leyes sobre granos, y la clase media radical con su proposición de rehusar los impuestos han jugado un papel lamentable. Incluso las discusiones sobre Irlanda no fueron en realidad más que debates sobre la situación del proletariado irlandés y sobre los medios de mejorarla. Pero ya es hora que la clase media inglesa haga concesiones a los obreros, que ya no suplican, sino que amenazan y exigen, porque antes de mucho podría ser demasiado tarde.

Pero la clase media inglesa y, en particular, la clase industrial que se enriquece directamente de la miseria de los trabajadores, no quiere saber nada de esta miseria. Ella que se siente fuerte, representativa de la nación, se avergüenza de mostrar a los ojos del mundo esta llaga en el flanco de Inglaterra; ella no quiere admitir que los obreros se hallan en la miseria, porque es *ella*, la clase industrial poseedora, quien tendría que asumir la responsabilidad moral de esta miseria. De ahí que la actitud burlona que adoptan los ingleses cultos -y ellos son los únicos, es decir la clase media, a quien se conoce en el continente- cuando se ponen a hablar de la situación de los obreros; de ahí la ignorancia

total, de toda la clase media, respecto a todo lo que afecta a los obreros; de ahí las torpezas ridículas que esta clase comete en el Parlamento y fuera del mismo cuando se discuten las condiciones de vida del proletariado; de ahí la indiferencia risueña, a la cual ella se abandona, en un suelo que se hallaba minado bajo sus pies y puede hundirse de un día para otro, y cuyo hundimiento cercano tiene la ineluctabilidad de una ley matemática o mecánica; de ahí este milagro: los ingleses todavía no poseen información completa sobre la situación de sus obreros; mientras se hacen investigaciones y se abusa de los rodeos en torno a este problema desde hace quien sabe cuántos años. Pero es esto asimismo lo que explica la profunda cólera de toda la clase obrera, desde Glasgow hasta Londres, contra los ricos que los explotan sistemáticamente y los abandonan después sin piedad a su suerte, cólera que en muy poco tiempo - casi se puede calcularlo- estallará en una revolución, comparada con la cual la primera revolución francesa y el año 1794 serán un juego de niños.

LAS GRANDES CIUDADES

Una ciudad como Londres, donde se puede caminar durante horas sin siquiera entrever el comienzo del fin, sin descubrir el menor indicio que señale la proximidad del campo, es algo verdaderamente muy particular.

Esta enorme centralización, este amontonamiento de 3,5 millones de seres humanos en un solo lugar ha centuplicado el poderío de estos 3,5 millones de hombres. La misma ha elevado a Londres al rango de capital comercial del mundo, creado los muelles gigantescos y reunido los millares de naves que cubren continuamente el Támesis. No conozco nada que sea más importante que el espectáculo que ofrece el Támesis, cuando se remonta el río desde el mar hasta el London Bridge. La masa de edificios, los astilleros de cada lado, sobre todo en la vecindad de Woolwich, los innumerables barcos alineados a lo largo de ambas riberas, que se aprietan cada vez más estrechamente los unos contra los otros y no dejan finalmente en medio del río más que un canal estrecho, por el cual se cruzan a plena velocidad un centenar de barcos de vapor -todo esto es tan grandioso, tan enorme, que uno se aturde y se queda estupefacto de la grandeza de Inglaterra aún antes de poner el pie en su suelo.¹³

Por lo que toca a los sacrificios que todo ello ha costado, no se les descubre sino más tarde. Cuando uno ha andado durante algunos días por las calles principales, cuando se ha abierto paso penosamente a través de la muchedumbre, las filas interminables de vehículos, cuando se ha visitado los "barrios malos" de esta metrópoli, es entonces solamente cuando se empieza a notar que estos londinenses han debido sacrificar la mejor parte de su cualidad de hombres para lograr todos los milagros de la civilización de los cuales rebosa la ciudad, que cien fuerzas, que dormitaban en ellos, han permanecido inactivas y han sido ahogadas a fin de que sólo algunas puedan desarrollarse más ampliamente y ser multiplicadas uniéndose con aquellas de las demás. La muchedumbre de las calles tiene ya, por sí misma, algo de repugnante, que subleva la naturaleza humana. Estos centenares de millares de personas, de todas las condiciones y clases, que se comprimen y se atropellan, ¿no son *todos* hombres que poseen las mismas cualidades y capacidades y el mismo interés en la búsqueda de la felicidad? ¿Y no deben esas personas finalmente buscar la felicidad por los mismos medios y procedimientos? Y, sin embargo, esas personas se cruzan corriendo, como si no tuviesen nada en común, nada que hacer juntas; la única relación entre ellas es el acuerdo tácito de mantener cada quien su derecha cuando va por la acera, a fin de que las dos corrientes de la multitud que se cruzan no se obstaculicen mutuamente; a nadie se le ocurre

¹³ (1892). Eso era hace cerca de 50 años, en la época de los pintorescos veleros. Éstos -ocurre todavía en Londres- se hallan actualmente atracados a los muelles, el Támesis está lleno de horribles vapores, ennegrecidos de hollín. (F.E.)

siquiera fijarse en otra persona. Esta indiferencia brutal, este aislamiento insensible de cada individuo en el seno de sus intereses particulares, son tanto más repugnantes e hirientes cuanto que el número de los individuos confinados en este espacio reducido es mayor. Y aún cuando sabemos que este aislamiento del individuo, este egoísmo cerrado son por todas partes el principio fundamental de la sociedad actual, en ninguna parte se manifiestan con una impudencia, una seguridad tan totales como aquí, precisamente, en la muchedumbre de la gran ciudad. La disgregación de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales tiene un principio de vida particular, y un fin particular, esta atomización del mundo es llevada aquí al extremo.

De ello resulta asimismo que la guerra social, la guerra de todos contra todos, aquí es abiertamente declarada. Como el amigo Stirner, las personas no se consideran recíprocamente sino como sujetos utilizables; cada quien explota al prójimo, y el resultado es que el fuerte pisotea al débil y que el pequeño número de fuertes, es decir los capitalistas, se apropian todo, mientras que sólo queda al gran número de débiles, a los pobres, su vida apenas.

Y lo que es cierto en cuanto a Londres, lo es igualmente respecto de Manchester, Birmingham, Leeds y todas las grandes ciudades. Indiferencia bárbara por todas partes, dureza egoísta de un lado y miseria indecible del otro lado, la guerra social por todas partes, el hogar de cada uno en estado de sitio, por todas partes pillaje recíproco bajo el manto de la ley, y todo con un cinismo, una franqueza tales que uno se horroriza de: las consecuencias de nuestro estado social. tales como aparecen aquí en su desnudez y ya no se asombra uno de nada, si no que todo este mundo loco no se haya desmembrado todavía.

En esta guerra social, el capital, la propiedad directa o indirecta de las subsistencias y de los medios de producción es el arma con la cual se lucha; asimismo está claro como el día, que el pobre sufre todas las desventajas de semejante estado: Nadie se preocupa de él; lanzado en este torbellino caótico, tiene que defenderse como pueda. Si tiene la suerte de encontrar trabajo, es decir; si la burguesía le concede la gracia de enriquecerse a su costa; obtiene un salario que apenas es suficiente para sobrevivir; si no encuentra trabajo, puede robar, si no teme a la policía, o bien morir de hambre y aquí también la policía cuidará que muera de hambre de manera tranquila, sin causar daño alguno a la burguesía.

Durante mi estancia en Inglaterra, la causa directa del fallecimiento de 20 ó 30 personas fue el hambre, en las condiciones más indignantes, y en el momento de la investigación correspondiente, raramente se halló un jurado que tuviera el valor de hacerlo saber claramente. Las declaraciones de los testigos tenían que ser muy sencillas y claras, desprovistas de todo equívoco, y la burguesía -

entre la cual se había seleccionado el jurado- siempre hallaba una salida que le permitía escapar a este terrible veredicto; muerte por hambre. La burguesía, en este caso, no tiene el derecho de decir la verdad, pues sería en efecto condenarse a sí misma. Pero, indirectamente también, muchas personas mueren de hambre -aun mucho más que directamente- porque la falta continua de productos alimenticios ha provocado enfermedades mortales que causan víctimas. Esas personas se han hallado tan débiles que ciertos casos; que en otras circunstancias hubieran evolucionado favorablemente, implican necesariamente graves enfermedades y la muerte. Los obreros ingleses llaman a esto el crimen social, y acusan a toda la sociedad de cometerlo continuamente. ¿Tienen razón?

Desde luego, sólo mueren de hambre individuos aislados, pero, ¿en qué garantías el trabajador puede fundarse para esperar que no le sucederá lo mismo mañana? ¿Quién le asegura su empleo? ¿Quién le garantiza que, si mañana es despedido por su patrón por cualquier buena o mala razón, podrá salir bien del apuro, él y su familia, hasta que encuentre otro empleo que le "asegure el pan"? ¿Quién certifica al trabajador que la voluntad de trabajar es suficiente para obtener empleo, que la probidad, el celo, el ahorro y las numerosas virtudes que le recomienda la sabia burguesía son para él realmente el camino de la felicidad? Nadie. Él sabe que hoy tiene una cosa y que no depende de él el tenerla mañana todavía; él sabe que el menor soplo, el menor capricho del patrón, la menor coyuntura económica desfavorable, lo lanzará en el torbellino desencadenado al cual ha escapado temporalmente, y donde es difícil, con frecuencia imposible, el mantenerse en la superficie. Él sabe que si bien puede vivir hoy, no está seguro que pueda hacerlo mañana.

Sin embargo, pasemos ahora a un examen más detallado del estado en que la guerra social sume a la clase que no posee nada. Veamos qué salario la sociedad paga al trabajador a cambio de su trabajo, bajo forma de vivienda, de vestido y de alimentación, qué existencia asegura a aquellos que contribuyen más a la existencia de la sociedad. Consideremos primeramente la vivienda.

Toda gran ciudad tiene uno o varios "barrios malos", donde se concentra la clase obrera. Desde luego, es frecuente que la pobreza resida en callejuelas recónditas muy cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le ha asignado un campo aparte donde, escondida de la mirada de las clases más afortunadas, tiene que arreglárselas sola como pueda. En Inglaterra, estos "barrios malos" están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad. Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general construidos irregularmente. Estas pequeñas casas de tres o cuatro piezas y una

cocina se llaman cottages y constituyen comúnmente en toda Inglaterra, salvo en algunos barrios de Londres, la vivienda de la clase obrera. Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas. Además, la ventilación se hace difícil por la mala y confusa construcción de todo el barrio, y como muchas personas viven en un pequeño espacio, es fácil imaginar qué aire se respira en esos barrios obreros. Por otra parte, las calles sirven de secaderos, cuando hace buen tiempo; se amarran cuerdas de una casa a la de enfrente, y se cuelga la ropa mojada a secar.

Examinemos algunos de estos barrios malos. Tenemos primeramente *Londres**, y en Londres el célebre "nido de cuervos" (rookery), St. Giles, a donde se va meramente a dar salida a algunas anchas calles y que debe así ser destruido. St. Giles se halla situado en la parte más poblada de la ciudad, rodeado de calles anchas y luminosas, donde bulle el mundo elegante londinense, muy cerca de Oxford Street, de Regent Street, de Trafalgar Square y del Strand. Es una masa de casas de tres o cuatro plantas, construidas sin plan, con calles estrechas, tortuosas y sucias donde reina una animación tan intensa como en las calles principales que atraviesan la ciudad, excepto que en St. Giles sólo se ve gente de la clase obrera. Las calles sirven de mercado: cestas de legumbres y de frutas, naturalmente todas de mala calidad y apenas comestibles, dificultan mucho más el tránsito, y de ellas emana, como de las carnicerías, un olor nauseabundo. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el techo, tan sucias en el exterior como en interior, y tienen un aspecto tal que nadie tendría deseos de vivir en ellas. Pero eso no es nada comparado con los alojamientos en los patios y las callejuelas transversales a donde; se llega por pasajes cubiertos, y donde la inmundicia y el deterioro por vejez exceden la imaginación. No se ve, por decirlo así, un solo vidrio intacto, los muros están destrozados, las guarniciones de las puertas y los marcos de las ventanas están rotos o desempotrados, las puertas -si hay- hechas de viejas planchas clavadas juntas; aquí, incluso en este barrio de ladrones las puertas son inútiles porque no hay nada que robar. Por todas partes los montones de detritos y de cenizas y las aguas usadas vertidas delante de las puertas terminan por formar charcas nauseabundas. Aquí es donde viven los más pobres de los pobres, los trabajadores peor pagados, con los ladrones, los estafadores y las víctimas de la prostitución, todos mezclados: La mayoría son irlandeses o descendientes de irlandeses, y aquellos que aún no han naufragado en el torbellino de esta

* Desde que redacté esta descripción, he leído un artículo sobre los barrios obreros de Londres, en el **Illustrated Magazine** (octubre 1844) que concuerda en muchos pasajes, casi literalmente, con la que escribí: Se titula "The Dwellings of the Poor, from a notebook of a M. D." (La vivienda de los pobres, según observaciones de un médico). (F.E.)

degradación moral que los circunda, se hundan cada día más, pierden cada día un poco más la fuerza de resistir a las influencias desmoralizadoras de la miseria, de la suciedad y del medio ambiente.

Pero St. Giles no es el único "barrio malo" de Londres. En este gigantesco laberinto de calles hay centenares y millares de vías estrechas y de callejuelas, cuyas casas son demasiado miserables para quienquiera que todavía pueda dedicar cierta suma a una habitación humana, y con frecuencia es muy cerca de las lujosas casas de los ricos que se hallan estos refugios de la miseria más atroz. Así es cómo recientemente, en el curso de una comprobación mortuoria, se calificó a un barrio muy cercano a Portman Square, plaza pública muy idónea, de vecindario "de una muchedumbre de irlandeses desmoralizados por la suciedad y la pobreza". Así como se descubre en calles como Long Acre, etc., que, sin ser "chic" son a pesar de todo convenientes, un gran número de alojamientos en los sótanos, de donde surgen las siluetas de niños enfermizos y de mujeres en harapos medio muertos de hambre. En las inmediaciones del teatro Drury Lane -el segundo de Londres- se hallan algunas de las peores calles de toda la ciudad (las calles Charles, King y Parker) cuyas casas también son habitadas desde el sótano hasta el techo sólo por familias pobres. En las parroquias¹⁴ de St. John y de St. Margaret. En Westminster, vivían en 1840, según el órgano de la Sociedad de Estadísticas, 5366 familias de obreros en 5294 "viviendas" -si se les puede dar este nombre-, hombres, mujeres y niños, mezclados sin atención a la edad o el sexo, en total 26830 personas, y las tres cuartas partes del número de familias citadas sólo disponían de una pieza. En la parroquia aristocrática de St. George, Hanover Square, vivían; según la misma fuente, 1465 familias obreras; en total unas 6000 personas, en las mismas condiciones; y allí también más de dos tercios de las familias apiñadas cada una en una sola pieza. ¡Y de qué manera las clases poseedoras explotan legalmente la miseria de estos infelices, en cuyas casas los propios ladrones no esperan hallar nada! Por las horribles viviendas cerca de Drury Lane, que acabamos de mencionar, se paga los alquileres siguientes: dos alojamientos en el sótano; 3 chelines (1 tálero); un cuarto en la planta baja, 4 chelines; en el primer piso, 4.5 chelines; en el segundo piso, 4 chelines; buhardillas, 3 chelines por semana. De modo que los vecinos famélicos de Charles Street pagan a los propietarios de inmuebles un tributo anual de 2000 libras esterlinas (14000 táleros), y las 5366 familias de Westminster ya citadas un alquiler total de 40000 libras esterlinas por año (o sea 270000 táleros).

El barrio obrero más grande, sin embargo, se halla al este de la Torre de Londres, en Whitechapel y Bethnal Green, donde está concentrada la gran

¹⁴ (1892) Pfarreien (1845) Pfarren

masa de obreros de la ciudad. Veamos lo que dice M.G. Alston, predicador de St. Philip, en Bethnal Green, del estado de su parroquia:

"La misma cuenta con 1400 casas habitadas por 2795 familias, o sea unas 12000 personas. El espacio donde habita esta importante población no llega a 400 yardas cuadradas (1200 pies), y en tal apiñamiento no es raro hallar un hombre, su mujer, 4 ó 5 niños y a veces también el abuelo y la abuela en una sola habitación de 10 a 12 pies cuadrados, donde trabajan, comen y duermen. Yo creo que antes de que el obispo de Londres llamara la atención del público sobre esta parroquia tan miserable, la misma era tan poco conocida en el extremo oeste de la ciudad como los salvajes de Australia o las islas de los mares del sur. Y si quisiéramos conocer personalmente los sufrimientos de estos desventurados, si los observamos cuando se disponen a comer sus escasos alimentos y los vemos encorvados por la enfermedad y el desempleo, descubriremos entonces tanta penuria y miseria que una nación coma la nuestra debiera avergonzarse de que esto pueda ocurrir. Yo he sido pastor cerca de Huddersfield durante los tres años de crisis, en el peor momento de marasmo de las fábricas, pero desde entonces jamás he visto a los pobres en una aflicción tan profunda como en Bethnal Green. Ni un solo padre de familia de cada diez en todo el vecindario tiene otra ropa que la de trabajo, y ésta de lo más andrajosa; asimismo, muchos no tienen más que estos harapos para cubrirse por la noche, y su cama es un saco lleno de paja y viruta."(23)

Esta descripción nos muestra ya a qué se parecen de ordinario esas viviendas. Citaremos, además, informes de las autoridades inglesas sobre viviendas proletarias que a veces tienen ocasión de visitar.

En la oportunidad de una descripción practicada por Mr. Carter, coraner de Surrey, sobre la causa de la muerte de Ann Galway, de 45 años de edad, el 16 de noviembre de 1843, los periódicos describieron la vivienda de la difunta en estos términos: ella vivía en el núm. 3 de White Lion Court, Bermondsey Street, Londres, con su marido y su hijo de 19 años, en una pequeña habitación donde no había ni cama, ni sábanas ni mueble alguno. Ella yacía muerta al lado de su hijo sobre un montón de plumas, esparcidas sobre su cuerpo casi desnudo, pues no había allí ni frazada ni sábanas. Las plumas se pegaban de tal modo a su cuerpo, que hubo que limpiar el cadáver para que el médico pudiera examinarlo; él lo halló totalmente descarnado y lleno de parásitos. En el piso de la pieza había un hoyo que servía de retrete a la familia.

El lunes 15 de enero de 1844, dos muchachos fueron presentados ante el tribunal de policía de Worship Street, en Londres, porque acicateados por el hambre habían hurtado en una tienda un trozo de carne medio cocida y lo

habían devorado instantáneamente. El juez de policía ahondó en el asunto y pronto obtuvo de los policías las aclaraciones siguientes: la madre de estos muchachos era la viuda de un exsoldado que más tarde fue agente de la policía y ella había sufrido miserias con sus nueve hijos desde la muerte de su marido.

Ella vivía en la mayor miseria, en el número 2 de Pools' Place, Quaker Street, en Spitalfields. Cuando el agente de policía fue a su casa, la halló con seis de sus hijas, literalmente apiñados en una pequeña habitación al fondo de la casa, sin otros muebles que dos viejas sillas de mimbre desfondadas, una mesa pequeña con dos patas rotas, una taza rota, y un plato pequeño... El fogón medio apagado, y en un rincón tantos trapos como los que pudiera necesitar una mujer para un delantal, pero que servían de cama a toda la familia. Ellos no tenían otras cobijas que sus propias ropas raídas. La pobre mujer contó que había tenido que vender su cama el año anterior, para obtener alimentos; había empeñado las sábanas al tendero por algunos víveres, y había tenido que vender todo sencillamente para comprar pan. El juez de policía concedió a esta mujer una suma bastante importante con cargo al Fondo de Pobres.

En febrero de 1844, una viuda de 60 años, Theresa Bishop, fue confiada, con su hija enferma de 26 años de edad, a la benevolencia del juez de policía de Malborough Street. Ella vivía en el número 5 de Brown Street, Grosvenor Square, en una pequeña habitación que daba al patio, no más grande que un armario de pared, donde no había ni un solo mueble. En un rincón había unos trapos donde ambas dormían, una caja servía a la vez de mesa y de silla. La madre ganaba algunos centavos haciendo la limpieza de casas; el propietario dijo que ellas habían vivido en ese estado desde mayo de 1843, poco a poco habían vendido o empeñado todo lo que poseían, y sin embargo nunca habían pagado el alquiler. El juez de policía les concedió una libra esterlina con cargo al Fondo de Pobres.

Yo no pretendo en modo alguno que todos los trabajadores londinenses viven en la misma miseria que las tres familias citadas; yo sé bien que por un hombre que es aplastado sin compasión por la sociedad, diez viven mejor que él. Pero yo afirmo que millares de buenas y laboriosas familia mucho más buenas; mucho más honorables que todos los ricos de Londres se hallan en esta situación indigna, y que todo proletario, sin excepción alguna, sin que sea culpa suya y a pesar de todos sus esfuerzos, puede correr la misma suerte.

Más, después de todo, aquellos que poseen un techo, cualquiera que sea, son todavía afortunados en comparación con aquellos que no tienen ninguno. En Londres, 50000 personas se levantan cada mañana sin saber dónde reposarán la cabeza la noche siguiente. Los más afortunados son aquellos que logran disponer de un penique o dos cuando llega la noche y van a lo que se llama

una "casa-dormitorio" (*lodging house*) que se hallan en gran número en las grandes ciudades y donde se les da asilo a cambio de su dinero. ¡Pero qué asilo! La casa está llena de camas de arriba a abajo; 4, 5, 6 camas en una pieza, tantos como puedan caber. En cada cama se apilan 4, 5, 6 personas, igualmente tantas como quepan, enfermos y sanos, viejos y jóvenes; hombres y mujeres, borrachos y no borrachos; como sea, todos mezclados. Hay discusiones, riñas, y lesionados, y cuando los compañeros de cama se soportan es todavía peor: planean robos o se entregan a prácticas cuya bestialidad nuestra lengua, que es civilizada, rehuye describir. ¿Y aquellos que no pueden pagar tal albergue? Pues bien, esos duermen donde pueden, en los pasillos, en los portales, en un rincón cualquiera, donde la policía o los propietarios los dejan dormir tranquilos; algunos de ellos la pasan mejor en los asilos construidos aquí y allá por instituciones privadas de beneficencia, otros duermen en los bancos de los parques, exactamente debajo de las ventanas de la reina Victoria.

(...)

He ahí los diferentes barrios obreros de Manchester, tal como he tenido la ocasión de observarlos yo mismo durante veinte meses. Para resumir nuestros paseos a través de esas localidades, diremos que la casi totalidad de los 350000 obreros de Manchester y sus alrededores viven en cottages en mal estado de conservación, húmedos y sucios; que las calles que ellos transitan se hallan casi siempre en el más deplorable estado y sumamente sucias, y que han sido construidas sin la menor atención a la ventilación, con la única preocupación de la mayor ganancia posible para el constructor. En una palabra, que en las viviendas obreras de Manchester no hay limpieza, ni comodidad, y por tanto ni vida posible de familia; que sólo una raza deshumanizada, reducida a un nivel bestial, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral, físicamente mórbida, puede sentirse cómoda allí y como en su casa. Y yo no soy el único que lo afirma; hemos visto que el Dr. Kay ofrece una descripción enteramente análoga, y, lo que es más, voy a citar también las palabras de un liberal, de un hombre cuya autoridad es reconocida y apreciada por los industriales, adversario fanático de todo movimiento obrero independiente, Mr. Senior*:

"Cuando visité las viviendas de los obreros industriales en la ciudad irlandesa, en Ancoats y en la "Pequeña Irlanda", mi única sorpresa fue que sea posible el conservar un mínimo de salud en tales alojamientos.

* Nassau W. Senior: **Letters on the Factory Act to the Rt. Hon. President of the Board of Trade** [Cartas sobre la ley fabril dirigidas al muy honorable Presidente de la Junta de Comercio], **Chas. Poulet Thomson, Esq.**, Londres, 1837, p. 24. (F.E.)

Esas ciudades -pues son ciudades por su extensión y su población- han sido construidas en el desprecio más total de todos los principios, excepto la ganancia inmediata de los especuladores encargados de la construcción. Un carpintero y un albañil se asocian para comprar (es decir, arrendar por cierto número de años) una serie de terrenos para construir, y cubrirlos de supuestas casas. En un lugar hallamos toda una calle que seguía el curso de una zanja, para tener sótanos más profundos sin gastos de excavación, sótanos destinados, no a cuartos de desahogo o de depósito, sino a viviendas para seres humanos. *Ni una sola de esas casas escapó al cólera.* Y, en general, las calles de esos barrios no están pavimentadas, tienen una pila de estiércol o una pequeña laguna en su medio, las casas están pegadas las unas a las otras sin ventilación ni desagüe, y familias enteras se ven reducidas a vivir en el rincón de un sótano o de una buhardilla."

Ya he citado anteriormente la actividad desacostumbrada que desplegaron las autoridades sanitarias cuando la epidemia de cólera en Manchester. En efecto, cuando la epidemia amenazó, un pavor general se apoderó de la burguesía de la ciudad; de pronto se acordó de las viviendas insalubres de los pobres y tembló ante la certidumbre de que cada uno de esos malos barrios iba a constituir un foco de epidemia, desde los cuales extendería sus estragos en todo sentido a las residencias de la clase poseedora. Inmediatamente se designó una comisión sanitaria para investigar en esos barrios y rendir un informe completo de su situación al Consejo Municipal. El Dr. Kay, el mismo miembro de la comisión, que visitó especialmente cada distrito, con la excepción del onceno, ofrece algunos extractos de su informe. Fueron inspeccionadas 6951 casas en total -naturalmente en el propio Manchester, con la exclusión de Salford y otros suburbios- de las cuales 2565 tenían necesidad urgente de pintura interior, a 960 no se les habían hecho las reparaciones necesarias (were out of repair), 939 carecían de desagüe satisfactorio, 452 mal ventiladas, 2221 desprovistas de retrete. De las 687 calles inspeccionadas, 248 no estaban pavimentadas, 53 lo estaban sólo parcialmente, 112 mal ventiladas, 352 contenían charcas estancadas, montones de basuras, de detritos y otros desperdicios. Es evidente que limpiar esos establos de Augías antes de la llegada del cólera era prácticamente imposible; por eso se limitaron a limpiar unos cuantos de los peores rincones y se dejó el resto tal como estaba. Huelga decir que los lugares limpiados estaban unos pocos meses más tarde en el mismo estado de mugre, por ejemplo la "Pequeña Irlanda". En cuanto al interior de las viviendas, la misma comisión dijo poco más o menos lo que ya sabemos de Londres, Edimburgo y otras ciudades.

"Frecuentemente, todos los miembros de una familia irlandesa se amontonan en una sola cama; a menudo un montón de paja sucia y de cobertura hechas de sacos viejos los tapa a todos, en una aglomeración

confusa de seres humanos, que la necesidad, el embrutecimiento y la licencia rebajan igualmente. Con frecuencia los inspectores han hallado dos familias en una casa de dos piezas; una de las piezas servía de habitación de dormir para todos, la otra era la cocina y comedor comunes; y a menudo más de una familia vivía en un sótano húmedo o de 12 a 16 personas estaban apiñadas en una atmósfera pestilente; a esta fuente de enfermedad y a otras, se añadía el hecho de que se criaban cerdos allí y que se encontraban otros motivos de aversión de la más repugnante especie."*

Debemos añadir que numerosas familias, que no tienen ellas mismas más que una pieza, alquilan espacio para dormir por la noche, que además, a menudo huéspedes de ambos sexos duermen en la misma cama con la pareja, y que por ejemplo, el caso del hombre, de su mujer y de una cuñada adulta durmiendo en la misma cama fue comprobado seis veces por lo menos en Manchester, según el *Informe sobre el estado sanitario de la clase obrera*. Las casas-dormitorio son muy numerosas aquí también; el Dr. Kay fija su número en 267 en Manchester, en 1831, y desde entonces ha debido incrementarse sensiblemente. Cada una alberga de 20 a 30 personas, o sea un total de 5 a 6 mil personas cada noche; el carácter de esas casas y de sus clientes es el mismo que en otras ciudades. En cada habitación, sin camas, se tienden 6 ó 7 colchones en el piso, y se acomodan tantas personas como haya, todas en confusión. No tengo necesidad de decir qué ambiente físico y moral reina en esas guaridas del vicio. Cada una de esas casas es un foco de crimen y el teatro de actos que repugnan al género humano y jamás pudieran perpetrarse sin esa centralización impuesta de inmoralidad. El número de personas que viven en sótanos es, según Gaskell*, de 20000 en cuanto a Manchester. El *Weekly*

* Kay: **op. cit.**, p. 32. (F.E.)

* P. Gaskell: **The Manufacturing Population of England, its Moral, Social and Physical Condition, and the Changes which have Arisen from the Use of Steam Machinery; with an Examination of Infant Labour "Fiat Justitia"**. (Los obreros fabriles de Inglaterra, su estado moral, social y físico, y los cambios ocasionados por la utilización de máquinas de vapor, con una investigación sobre el trabajo infantil. "Que se haga justicia") 1833. Describe principalmente la situación de los obreros en Lancashire. El autor es un liberal, pero escribía en una época en que el liberalismo no implicaba todavía hacer alarde de la "felicidad" de los obreros. Por eso **no está aún prevenido y tiene todavía el derecho de ver** los males del régimen existente, en particular aquellos del sistema industrial. En cambio, escribe asimismo antes de la creación de la Factories inquiry Commission (Comisión investigadora de fábricas) y toma de fuentes dudosas muchas afirmaciones ulteriormente refutadas por la Comisión. La obra, aunque buena en su conjunto, debe en consecuencia -y también porque él confunde, como Kay, la clase obrera en general con la clase obrera de las fábricas- ser utilizada con precaución en los detalles. La historia de la evolución del proletariado que se halla en la introducción es, en gran parte, tomada de dicha obra. (F. E.)

Dispatch indica "según informes oficiales" la cifra del 12% de la clase obrera, que parece corresponder a esta cifra: siendo el número de trabajadores unos 175000, el 12% es 21000. Las viviendas en sótanos en los suburbios son por lo menos tan numerosas y así el número de personas que viven en la aglomeración de trabajadores unos 175000, el 12% es 21000. Las viviendas en sótanos en los suburbios son por lo menos tan numerosas y así el número de personas que viven en la aglomeración de Manchester en sótanos, se eleva por lo menos a 40000 ó 50000. Esto es lo que se puede decir de las viviendas obreras en las grandes ciudades. La manera por la cual se satisface la necesidad de alojamiento es un criterio para el modo por el cual se satisfacen todas las demás necesidades. Es fácil concluir que únicamente una población andrajosa, mal alimentada puede vivir en esos cubiles sucios. Y ello es realmente así. En la inmensa mayoría de los casos la ropa de los obreros se halla en muy mal estado. Los tejidos que se utilizan para su confección ya no son los más apropiados; el lienzo y la lana casi han desaparecido del ajuar de ambos sexos, y el algodón los ha sustituido. Las camisas son de calicó, blanco o de color; asimismo, las ropas de las mujeres son de indiana y raramente se ve ropa interior de lana en las tendedoras. Los hombres usan casi siempre pantalones de pana o de cualquier otro tejido grueso de algodón y chaqueta de la misma clase. Incluso la pana (*fustian*) ha devenido el vestido proverbial de los obreros; *fustian-jackets* es como se llaman a sí mismo los obreros, por oposición a los señores vestidos de paño (*broad-cloth*), expresión que se utiliza también para designar a la clase media. Cuando Feargus O'Connor, jefe de los Cartistas, visitó Manchester durante la insurrección de 1842 (27), se presentó vestido de pana, y los obreros lo aplaudieron fuertemente. En Inglaterra se acostumbra usar sombrero, incluso por los obreros; son de formas muy diversas, redondas, cónicos, o cilíndricos, de alas anchas, estrechas o sin ala. Sólo los jóvenes usan gorra en las ciudades industriales. Quien no tiene sombrero, se hace con papel una gorra baja y cuadrada. Toda la ropa de los obreros -aún suponiendo que se halle en buen estado- es muy poco adaptada al clima. El aire húmedo de Inglaterra que, más que cualquier otro, debido a los cambios bruscos del tiempo provoca resfriados, obliga a casi toda la clase media a abrigarse el pecho con franela e incluso con piel: pañuelos de seda para el cuello, chaquetas y ceñidores de franela son de uso casi general. La clase obrera no sólo conoce estas precauciones, sino que casi nunca está en situación de poder adquirir el menor hilo de lana para vestirse.

Ahora bien, las pesadas telas de algodón, más espesas, más rígidas, y más gruesas que las telas de lana, protegen sin embargo mucho menos del frío y de la humedad. El espesor y la naturaleza del tejido hacen que conserven más tiempo la humedad y, en suma, no tienen la impermeabilidad de la lana enfurtida. Y, cuando un día el obrero puede adquirir un traje de paño para los domingos, tiene que hacerlo en "tiendas de gangas" donde le dan un tejido

malo llamado *devil's dust*²², que "sólo se fabrica para ser vendido y no para ser portado", y que se desgarran o se rompen al cabo de quince días; o bien tiene que comprar al ropavejero un traje usado medio raído y que sólo puede darle servicio por unas semanas. Además del mal estado de la ropa de la mayoría de los obreros, de vez en cuando se ven en la necesidad de empeñar sus mejores efectos. Sin embargo, entre un número muy grande de ellos, especialmente aquellos de descendencia irlandesa, las ropas son verdaderos andrajos, que muy a menudo no se pueden remendar, y tanto se han zurcido que es imposible reconocer el color original: Los ingleses o los angloirlandeses, las remiendan, sin embargo todavía y son verdaderos maestros en ese arte; poco importa que sea tela de lana o tela de saco, pana o viceversa. Por lo que toca a los inmigrantes auténticos, ellos no zurcen casi nunca, salvo en el caso extremo cuando la ropa amenace caerse en jirones; es común ver los faldones de la camisa pasar a través de roturas de la ropa o del pantalón; ellos portan, como dice Thomas Carlyle*:

"Una indumentaria de harapos: ponérsela y quitársela representa una de las operaciones más delicadas a la cual no se procede sino en los días de fiesta y en momentos particularmente favorables".

Los irlandeses han importado igualmente la costumbre, antes desconocida de los ingleses, de andar descalzos. Actualmente se ve en todas las ciudades industriales una multitud de personas, sobre todo de niños y de mujeres, que andan con los pies desnudos y poco a poco los ingleses pobres adoptan este hábito.

Lo que decimos del vestido, se aplica igualmente a la alimentación: A los trabajadores toca en suerte lo que la clase poseedora encuentra demasiado malo. En las grandes ciudades inglesas, se puede obtener de todo y de la mejor calidad, pero cuesta muy caro; el trabajador que debe hacer milagros con poco dinero, no puede gastar tanto. Además, en la mayoría de los casos sólo cobra el sábado en la tarde; se ha comenzado a pagar el miércoles, pero esta excelente iniciativa no se ha generalizado todavía, de modo que cuando va al mercado son las cuatro o las cinco o las seis de la tarde del sábado, mientras que la clase media va allí desde por la mañana y escoge lo mejor que hay. Por la mañana el mercado rebosa de las mejores cosas, pero cuando llegan los obreros lo mejor se ha acabado, pero si hubiera todavía realmente no podrían comprarlo. Las papas que los obreros compran son casi siempre de mala calidad, las legumbres

²² "polvo del diablo": paño a base de desechos de lana de mala calidad.

* Thomas Carlyle: **Chartism**, Londres, 1840, p. 28. Sobre Thomas Carlyle, véase más adelante. (F. E.)

marchitas, el queso viejo y mediocre, la manteca rancia, la carne mala, atrasada, correosa, proveniente con frecuencia de animales enfermos o destripados, a menudo medio podrida. Muy frecuentemente los vendedores son pequeños detallistas que compran mercancías de mala calidad a granel y la revenden tan barata precisamente a causa de la mala calidad. Los más pobres de los trabajadores deben arreglárselas de otro modo para poder bandearse con su poco dinero aun cuando los artículos que compran son de la peor calidad. En efecto, como todas las tiendas deben cerrar a la media noche del sábado, y no se puede vender nada el domingo, los artículos de primera necesidad que se dañarían si hubiera que esperar hasta el lunes por la mañana son liquidados a precios irrisorios entre las diez y la media noche. Pero el 90 por ciento de lo que no se ha vendido a las diez de la noche ya no es comible el domingo por la mañana, y esos son precisamente los artículos que constituyen el menú dominical de la clase más pobre. La carne que se vende a los obreros muy a menudo es incomible -pero como la han comprado, tienen que comerla.

El 6 de enero de 1844 (si no me equivoco), hubo una sesión del Tribunal de comercio en Manchester, en el curso de la cual once carniceros fueron condenados por haber vendido carne impropia para el consumo. Cada uno de ellos tenía todavía o una res entera o un cerdo entero o varios carneros o también 50 ó 60 libras de carne que fue decomisada, todo en ese estado. En una de las carnicerías se confiscaron 64 gansos de navidad rellenos que, no habiendo podido ser vendidos en Liverpool, habían sido transportados a Manchester a donde llegaron averiados al mercado y olían mal.

Esta noticia apareció en el *Manchester Guardian* (28) con los nombres y el monto de las multas. Durante las seis semanas entre primero de julio y el 14 de agosto, el mismo periódico reporta tres casos parecidos; según el número del 3 de julio, fue confiscado en Heywood un cerdo de 200 libras muerto y averiado que había sido descuartizado en una carnicería y puesto a la venta; según el del 31, de julio dos carniceros de Wigan, uno de los cuales ya con anterioridad había sido declarado culpable del mismo delito, fueron condenados a dos y cuatro libras esterlinas de multa, por haber puesto a la venta carne impropia para el consumo, y según el número del 10 de agosto, se confiscó en una tienda de Bolton 26 jamones no comestibles que fueron quemados públicamente, y el comerciante fue condenado a una multa de 20 chelines. Pero esto no da cuenta de todos los casos, ni siquiera un promedio por seis semanas según el cual se pudiera establecer el porcentaje anual. Ocurre frecuentemente que cada número del *Guardian*, que aparece dos veces por semana, relata un hecho análogo en Manchester o en un distrito industrial circundante.

Cuando se piensa en el número de casos que deben producirse en los inmensos mercados que bordean las largas arterias y que deben escapar a las raras visitas de los inspectores de mercados, ¿cómo se podría explicar de otra manera la impudencia con la cual son puestos a la venta cuartos enteros de res? Cuando se piensa cuán grande debe ser la tentación, dado el monto incomprensiblemente bajo de las multas, cuando se piensa en qué estado debe hallarse un trozo de carne para ser declarado completamente impropio para el consumo y confiscado por los inspectores, entonces es imposible creer que los obreros puedan comprar en general una carne sana y alimenticia. Sin embargo, también son estafadores de otro modo por la codicia de la clase media. Los tenderos y los fabricantes adulteran todos los productos alimenticios de una manera verdaderamente insoportable, con desprecio total de la salud de aquéllos que los deben consumir. Anteriormente citamos informaciones del *Manchester Guardian*, veamos ahora lo que nos dice otro periódico de la clase media -me gusta tomar a mis adversarios por testigos- el *Liverpool Mercury*:

"Se vende mantequilla salada por mantequilla fresca, ya sea cubriéndola con una capa de esta última, ya sea colocando una libra de mantequilla fresca en el mostrador para que el cliente la pruebe y que se venda por esa muestra las libras de mantequilla salada, ya sea quitándole la sal por el lavado y vendiéndose después como fresca. Se mezcla arroz pulverizado con el azúcar u otros artículos baratos y se vende a mayor precio. Los residuos de jabonerías se mezclan igualmente con otras mercancías y se venden por azúcar. El café molido se mezcla con achicoria u otros productos baratos, hasta se llega a mezclar el café en grano, dándole a la mezcla la forma de granos de café. Muy frecuentemente, se mezcla el cacao con tierra parda fina rociada con grasa de cordero y se mezcla así más fácilmente con el cacao verdadero. El té es mezclado con hojas de endrino y otros residuos; o también se ponen a secar las hojas de té ya usadas sobre planchas candentes de cobre, para que recuperen el color y venderlas por té fresco. La pimienta se falsifica por medio de vainas en polvo, etc.; el vino de Oporto es literalmente fabricado (a base de colorantes, alcohol, etc.), porque es notorio que en Inglaterra se bebe más ese vino que el que se produce en todo Portugal; el tabaco se mezcla con materias nauseabundas de todo género, bajo cualquier forma que este producto se ponga a la venta."

(Puedo añadir que debido a la falsificación general del tabaco, varios estanquilleros de Manchester, entre ellos los de mejor reputación, declararon el verano último que ninguna tabaquería podría subsistir sin esas adulteraciones y que ningún cigarro cuyo precio sea inferior a tres peniques contiene tabaco puro.) Desde luego, los fraudes no se limitan a los productos alimenticios y yo podría citar una docena de ellos -entre otros, la práctica infame que consiste en

mezclar yeso o tiza con la harina porque se cometen fraudes con todos los artículos: se estira la franela, las medias, etc., para hacerlas aparecer más largas y se encogen con la primera lavada; un retazo de tela estrecha se vende por un retazo de una pulgada y media o tres pulgadas más ancho, la vajilla de barro vidriado está cubierta de un esmalte tan delgado; que no está prácticamente esmaltada y se desconcha inmediatamente; y cientos de otras ignominias. Tout comme chez nous²³ (Igualmente entre nosotros), pero aquellos que sufren más las consecuencias de esos engaños, son los trabajadores. El rico no es engañado porque puede pagar los precios elevados de las grandes tiendas que deben velar por su buen nombre y se harían daño a sí mismas si vendieran mercancías de mala calidad; el rico, aficionado a la buena mesa, nota más fácilmente el fraude gracias a la agudeza de su paladar. Pero el pobre, el obrero, para quien unos centavos representan una suma, que debe adquirir muchas mercancías por poco dinero, que no tiene el derecho ni la posibilidad de prestar mucha atención a la calidad, porque nunca tuvo oportunidad de refinar su gusto, todos los artículos de primera necesidad adulterados, incluso emponzoñados, son para él.

Tiene que acudir a los pequeños tenderos, tal vez hasta comprar al crédito; y esos tenderos que no pueden vender con igual calidad ni tan barato como los detallistas más importantes, debido a su poco capital y gastos generales bastante grandes, se ven obligados a ofrecer, conscientemente o no, artículos de primera necesidad adulterados, a causa de los precios bastante bajos que se les exige y de la competencia de los demás. Por otra parte, si para un comerciante al por mayor, que tiene invertidos grandes capitales en su negocio, el descubrimiento de un fraude significa la ruina porque le hace perder todo crédito, ¿qué importa que un mercachifle que aprovisiona una sola calle, sea convicto de fraudes? Si ya no se le tiene confianza en Ancoats, se muda para Chorlton o para Hulme, donde nadie lo conoce, y comienza de nuevo sus trapacerías; y las penas legales previstas sólo rigen para un número limitado de falsificaciones, a menos que vayan acompañadas de fraude al fisco. Pero no es solamente en cuanto a la calidad sino también en cuanto a la cantidad que el trabajador inglés es engañado; casi siempre los pequeños tenderos usan pesos y medidas falsos, y diariamente se puede leer sobre el número increíble de contravenciones por delitos de ese género en los informes de policía. Algunos extractos del *Manchester Guardian* van a mostrarnos hasta qué punto se ha generalizado este tipo de fraude en los distritos obreros; los mismos conciernen sólo a un corto período e incluso para el mismo no tengo todos los números a mano:

²³ En francés en el texto alemán. Ganz wie bei uns

Guardian del 16 de junio de 1844. Sesiones del tribunal de Rochdale: 4 tenderos son multados de 5 a 10 chelines por robar en el peso.

Sesiones de Stockport: 2 tenderos condenados a una multa de 1 chelín por tener las pesas arregladas para estafar; ambos ya habían sido amonestados con anterioridad.

Guardian, 19 de junio. Sesiones de Rochdale: 1 tendero condenado a una multa de 5 chelines, y 2 campesinos a una multa de 10 chelines.

Guardian, 22 de junio. Juez de Paz de Manchester: 19 tenderos son castigados con multas de 21/2 chelines a 2 libras.

Guardian, 26 de junio. Breve sesión del tribunal de Ashton: 14 tenderos y campesinos castigados con multas de 21/2 chelines a una libra esterlina.

Hyde, breve sesión: 9 campesinos y tenderos condenados a pagar los gastos y a 5 chelines de multa.

Guardian, 6 de julio. Manchester: 16 tenderos condenados a pagar las costas y las multas de hasta 10 chelines.

Guardian, 13 de julio. Manchester: 9 tenderos castigados a multas de 21/2 a 20 chelines.

Guardian, 24 de julio. Rochdale: 4 tenderos multados de 10 a 20 chelines.

Guardian, 27 de julio. Bolton: 12 tenderos y hoteleros condenados a pagar las costas.

Guardian, 3 de agosto. Bolton: 3 de la misma condición, condenados a multas de 21/2 a 5 chelines.

Guardian, 10 de agosto. Bolton: 1 de la misma condición, condenado a 5 chelines de multa.

Y las razones que hacían sufrir en primer lugar a los obreros el fraude sobre la calidad, son los mismos que los hacen sufrir el fraude sobre la cantidad.

La alimentación habitual del trabajador industrial difiere evidentemente según su salario. Los mejor pagados, en particular aquellos obreros fabriles con familiares que pueden emplearse y ganar algo, tienen mientras esto dure una buena alimentación; carne todos los días, y tocino y queso por la noche. Pero en las familias donde se gana menos, se come carne sólo los domingos o

dos o tres veces por semana, y en cambio, más papas y pan; si descendemos la escala poco a poco, hallamos que la alimentación de origen animal se reduce a unos trozos de tocino cocido con papas; más bajo aún, este tocino desaparece no queda más que queso, pan, papilla de harina de avena (porridge) y papas; hasta el último grado, entre los irlandeses, donde las papas constituyen el único alimento. Se bebe en general, con esos manjares, un té ligero, mezclado a veces con un poco de azúcar, de leche, o de aguardiente. El té es en Inglaterra e incluso en Irlanda, una bebida tan necesaria e indispensable como el café entre nosotros, y en los hogares donde ya no se bebe té, reina la miseria más negra. Pero esto es cierto en el supuesto de que el trabajador tenga empleo; si no lo tiene, se ve totalmente reducido a la desgracia y come lo que se le da, lo que mendiga o lo que roba; si no tiene nada, muere sencillamente de hambre, como lo hemos visto anteriormente. Es fácil comprender que tanto la cantidad de alimentos como la calidad dependen del salario, y que la hambruna reina entre los trabajadores peor pagados -sobre todo si tienen además pesadas cargas de familia-, incluso en períodos de ocupación plena; ahora bien, el número de trabajadores mal pagados es muy grande. Especialmente en Londres, donde la competencia entre obreros crece en proporción directa con la población, esa clase es muy numerosa, pero la hallamos igualmente en todas las demás ciudades. Asimismo, se recurre a todos los expedientes: se consume, a falta de otro alimento, cáscaras de papas, desperdicios de legumbres, vegetales averiados*, y se recoge ávidamente todo lo que pueda contener aunque sea un átomo de producto comestible. Y, cuando el salario semanal ya se ha consumido antes del próximo pago, ocurre frecuentemente que la familia, durante los últimos días, ya no tiene nada o le queda justamente lo suficiente para comer y no morir de hambre. Es evidente que tal modo de vida sólo puede engendrar una serie de enfermedades, y cuando éstas sobrevienen, cuando el hombre, de cuyo trabajo vive esencialmente la familia y cuya actividad penosa exige más alimentación -y que por consecuencia es el primero, en sucumbir-, cuando ese hombre²⁴ cae enteramente enfermo, sólo entonces comienza la gran miseria, es entonces que se manifiesta, de modo verdaderamente estallante, la brutalidad con la cual la sociedad abandona a sus miembros, precisamente en el momento en que tienen más necesidad de su ayuda.

Resumamos una vez más, para concluir, los hechos citados: las grandes ciudades son pobladas principalmente por obreros, ya que, en el mejor de los casos, hay un burgués por cada dos, a menudo tres y hasta cuatro obreros. Esos

* **Weekly Dispatch**, abril o mayo de 1844, según un informe del Dr. Southwood Smith acerca de la situación de los indigentes en Londres. (F.E.)

²⁴ (1892) wenn vollends dieser (1845) wenn dieser vollends.

obreros no poseen ellos mismos nada, y viven del salario que casi siempre sólo permite vivir al día; la sociedad individualizada al extremo no se preocupa por ellos, y les deja la tarea de subvenir a sus necesidades y a las de su familia; sin embargo, no les proporciona los medios de hacerlo de modo eficaz y duradero. Todo obrero, incluso el mejor, se halla por tanto, constantemente expuesto a la miseria, o sea, a morir de hambre, y buen número de ellos sucumben. Las viviendas de los trabajadores son, por regla general, mal agrupadas, mal construidas, mal conservadas, mal ventiladas, húmedas e insalubres. En ellas, los ocupantes son confinados al espacio mínimo, y en la mayoría de los casos, duerme en una pieza por lo menos una familia; el mobiliario de las viviendas es miserable, en diferentes escalas, hasta la ausencia total incluso de los muebles más indispensables. El vestido de los trabajadores es igualmente mediocre (miserable) por término medio, y un gran número de ellos viste andrajos. La alimentación es generalmente mala, con frecuencia casi impropia para el consumo, y en muchos casos, al menos en ciertos períodos, insuficiente, si bien en los casos extremos hay gente que muere de hambre. La clase obrera de las grandes ciudades nos presenta así una serie de modos de existencia diferentes; en el mejor de los casos, una existencia temporalmente soportable: por un trabajo esforzado, buen salario, buen alojamiento y alimentación no precisamente mala -evidentemente, desde el punto de vista del obrero todo ello es bueno y soportable-; en el caso peor, una miseria cruel que puede ir hasta carecer de techo y morir de hambre. De ambos casos, el que prevalece por término medio es el peor. Y no vayamos a creer que esta gama de obreros comprende simplemente clases fijas que nos permitirían decir: esta fracción de la clase obrera vive bien, aquella mal, siempre es y ha sido así. Muy al contrario, si bien ese es el caso todavía, si ciertos sectores aislados aún disfrutaban de alguna ventaja sobre los de más, la situación de los obreros en cada rama es tan inestable, que cualquier trabajador puede ser llevado a recorrer todos los grados de la escala, desde la comodidad relativa hasta la necesidad extrema, incluso hasta estar en peligro de morir de hambre; y, por otra parte, casi no hay proletario inglés que no tenga mucho que decir sobre sus numerosos reveses de fortuna. Ahora examinaremos más detenidamente las causas de esa situación.

LA POSICIÓN DE LA BURGUESÍA FRENTE AL PROLETARIADO

Cuando hablo aquí de la burguesía, incluyo en ella al propio tiempo lo que se llama la aristocracia, pues ésta no es aristocracia, no tiene privilegios sino respecto a la burguesía, pero no respecto al proletariado. El proletario sólo ve en esas dos categorías de personas al poseedor, es decir, al burgués. Al lado del privilegio de la propiedad, todos los demás privilegios se borran. La única diferencia es que el burgués propiamente dicho se opone al obrero de las fábricas y en parte al de las minas, y, como *hacendado* (Pächter), al jornalero agrícola igualmente, en tanto que aquel que se llama aristócrata sólo tiene contacto con los proletarios agrícolas y sólo con una parte de los proletarios de las minas.

Jamás he visto una clase tan profundamente desmoralizada, tan irremediabilmente podrida e interiormente roída de egoísmo, tan incapaz del menor progreso, como la burguesía inglesa, y entiendo por ello sobre todo la burguesía propiamente dicha, particularmente la burguesía liberal, que quiere abrogar las leyes de granos. Para ella no existe nada en el mundo que no sea por el dinero, sin la excepción de ella misma, pues sólo vive para ganar dinero y nada más, no conoce otra felicidad que la de hacer una rápida fortuna, ningún otro sufrimiento que el de perder dinero*. Con semejante rapacidad y semejante codicia es imposible que exista un sentimiento, una idea humana que no sean mancillados. Desde luego, los burgueses ingleses son buenos esposos y buenos padres de familia, poseen asimismo todo género de "virtudes privadas" como se dice, y, en las relaciones de la vida corriente parecen tan respetables y correctos como todos los demás burgueses; incluso en los negocios, se puede tratar mejor con ellos que con los alemanes; ellos no regatean ni discuten tanto como nuestros tenderos, ¿pero qué importa todo eso? En última instancia, el único factor decisivo sigue siendo el interés particular y especialmente el deseo de ganar dinero. Un día yo entraba en Manchester con uno de esos burgueses y discutía con él la construcción deplorable; insalubre; el estado espantoso de los barrios obreros y le manifestaba que jamás había visto una ciudad tan mal planeada. El hombre me escuchó tranquilamente, y al despedirnos en la esquina de una calle me dijo: "And yet, there is a great deal of money made here." (Y a pesar de todo, aquí se gana muchísimo dinero) "¡Adiós, señor!" Al burgués le importa un bledo si sus obreros se mueren de hambre o no, con tal que él gane dinero. Todas las condiciones de vida son evaluadas según el criterio del beneficio, y todo lo que no procure dinero es

* Carlyle ofrece en su **Past and Present** (Pasado y presente), Londres, 1843, una admirable descripción de la burguesía inglesa y de su repulsiva codicia; yo la he traducido en parte en los **Anales francoalemanes** y ruego al lector que se remita a ellos.(49) (F.E.)

idiota, irrealizable, utópico. Por eso la economía política, ciencia que estudia los medios de ganar dinero; es la ciencia preferida de esos judíos usureros. Todos son economistas. La relación entre el industrial y el obrero no es una relación humana, sino una relación puramente económica. El industrial es el "capital", el obrero es el "trabajo". Si el obrero se niega a dejarse encerrar en esa abstracción, si afirma que él no es "trabajo" sino un hombre que, es cierto, posee entre otras facultades la de trabajar; si a él se le ocurre que no debería dejarse vender y comprar como "trabajo", como mercancía en el mercado, entonces el burgués se queda estupefacto. Es incapaz de comprender que él puede tener con los obreros otras relaciones que las de compra y venta, y no ve en ellos hombres sino manos (*hands*), pues ese es el nombre que él les lanza constantemente a la cara; y, como dice Carlyle, él no reconoce otra relación entre un hombre y otro hombre; que la del pago al contado. Incluso los vínculos entre él y su mujer no son en el 99% de los casos más que un "pago al contado". La esclavitud miserable en la cual el dinero mantiene al burgués se nota hasta en el lenguaje, debido a la dominación de la burguesía; el dinero hace el valor del hombre; este hombre vale 10000 libras esterlinas (he is worth ten thousands pounds), es decir, él posee esa suma. Quien tiene dinero es "respetable", pertenece a "la mejor categoría de personas" (the better sort of people); es "influyente" (influential) y lo que logra hace época en su medio. El sórdido espíritu mercantil impregna todo el idioma, todas las relaciones humanas se traducen en fórmulas comerciales explicadas bajo la forma de categorías económicas. Pedido y suministro, demanda y oferta, supply and demand, tales son las fórmulas con la ayuda de las cuales la lógica del inglés juzga toda la vida humana. He ahí lo que explica la libre competencia por todas partes, he ahí lo que explica el régimen del "laissez faire" y del "laissez aller" (50) en la administración, en la medicina, la educación y pronto también en la religión donde la dominación de la iglesia del estado se hunde cada vez más. La libre competencia no quiere límites, ni control del estado; todo el estado le pesa, su mayor deseo sería el de estar dentro de un régimen enteramente desprovisto de estado, donde cada quien podría explotar al prójimo a su gusto como en la "sociedad" del amigo Stirner, por ejemplo. Pero como la burguesía no puede prescindir del estado, aun cuando sólo sea para mantener a raya al proletariado que le es tan necesario, ella utiliza al primero contra el segundo y busca mantener al estado a la mayor distancia posible en lo que le concierne.

No hay que creer, sin embargo, que el inglés "culto" muestre abiertamente ese egoísmo. Al contrario, él lo disimula con la mayor hipocresía. ¿Cómo así? ¿Usted dice que los ingleses ricos, que han creado establecimientos de beneficencia como no se ven en ningún otro país, no piensan en los pobres? Sí por cierto, ¡establecimientos de beneficencia! ¡Como si fuese ayudar al proletario el comenzar por explotarlo hasta sangrar para luego poder desagraviarlo con complacencia y farisaísmo con vuestro prurito de caridad y presentaros ante el mundo como grandes benefactores de la humanidad,

mientras devolvéis a ese desdichado que habéis exprimido hasta la médula, la centésima parte de lo que le corresponde! ¡Beneficencia que degrada aún más a aquel que la practica que a aquel que la recibe; beneficencia que hunde todavía más en el polvo al desafortunado que se ha pisoteado, que implica que el paria deshumanizado, excluido de la sociedad, renuncia en primer lugar a la última cosa que le queda, a su aspiración a la cualidad de hombre, y mendiga primeramente su benevolencia al lado de la burguesía, antes que ella le haga el favor de estamparle en la frente, al darle la limosna, el sello de la deshumanización! Más, ¿para qué estas reflexiones? Escuchemos a la propia burguesía inglesa. No hace un año, leí en el *Manchester Guardian* la carta que transcribo a continuación, dirigida al jefe de redacción, quien la publicó sin otro comentario, como una cosa muy natural y razonable:

Señor jefe de redacción:

Desde hace algún tiempo circula por las calles principales de nuestra ciudad una muchedumbre de mendigos que, ora por sus harapos y su aspecto enfermizo, ora por la exhibición de llagas abiertas y dolencias repugnantes, buscan despertar la piedad de los transeúntes de manera con frecuencia muy imprudente y muy ofensiva. Me inclino a creer que cuando se paga no solamente el impuesto para socorrer a los pobres, sino que se aporta además una contribución generosa para el mantenimiento de establecimientos de beneficencia, uno ha hecho lo suficiente para tener el derecho de estar al fin al abrigo de importunidades tan desagradables y cínicas; y, ¿para qué sirve, pues, el impuesto tan oneroso que pagamos para el mantenimiento de la policía municipal, si la protección que nos da no nos permite andar tranquilamente por la ciudad?

Muy atentamente,
Una dama.

¡Está claro! La burguesía inglesa practica la caridad por interés, no da nada gratis, considera sus donaciones como un negocio, trata con los pobres un asunto y dice: "¡Si yo dedico una suma para fines filantrópicos, compro así el derecho de que no se me importune más, y os comprometéis a cambio a permanecer en vuestros antros oscuros y no irritar mis nervios sensibles por la exhibición pública de vuestra miseria! ¡Podéis perder la esperanza, pero hacedlo en silencio, yo lo estipulo en el contrato, yo me he comprado ese derecho al entregar mi contribución de £ 20 para el hospital!" ¡Oh, la infame filantropía de un burgués cristiano! Y lo que escribe "una dama", sí, lo habéis leído, una dama, hace bien en firmar con ese nombre; afortunadamente, ¡ella no tiene ya el valor de llamarse *mujer*! Pero si las damas son así, ¿cómo serán los "señores"? Se dirá que se trata de un caso aislado. En absoluto; la carta que

hemos reproducido expresa muy bien los sentimientos de la gran mayoría de la burguesía inglesa, si no el redactor no la hubiera aceptado, si no, hubiera sido seguida de una respuesta cualquiera que vanamente he buscado en números posteriores. Y en cuanto a la eficacia de dicha beneficencia, el propio canónigo Parkinson afirma que a los pobres se les ayuda mucho más por sus semejantes que por la burguesía; y una ayuda de ese género, proveniente de un espléndido proletario que sabe él mismo lo que es el hambre, para quien compartir su escasa comida representa un sacrificio, pero que lo hace con alegría, tal ayuda tiene un eco muy distinto al de la limosna lanzada al pobre por el burgués hartos.

(...)

Si las conclusiones a que hemos llegado en esta obra parecieran insuficientemente fundadas, sin duda habrá ocasión de demostrar en otra parte que se trata de los resultados necesarios de la evolución histórica de Inglaterra.

Pero yo sostengo: la guerra de los pobres contra los ricos que se desenvuelve actualmente de una manera esporádica e indirecta, se desarrollará de modo general, total y directa en toda Inglaterra. Es demasiado tarde para una solución pacífica. El abismo que separa las clases se ahonda cada vez más, el espíritu de resistencia penetra cada día más en el ánimo de los obreros, la exasperación deviene más intensa; las escaramuzas aisladas de la guerrilla se concentran para convertirse en combates y manifestaciones más importantes, y pronto bastará un ligero choque para desencadenar la avalancha. Entonces el grito de guerra resonará por todo el país: "¡Guerra a los palacios, paz a las chozas!" pero entonces será demasiado tarde para que los ricos puedan ponerse a salvo.



NOTAS

(0) Esta obra fue escrita por Engels en noviembre de 1844 - marzo de 1845. Cuando estuvo en Inglaterra en 1842-1844, estudió las condiciones de vida del proletariado inglés.

(1) Engels escribió esta dedicatoria "A las clases obreras de Gran Bretaña" en inglés. En una carta a Marx del 19 de noviembre de 1844, Engels explica que desea "publicarla aparte y dirigirla a los jefes de los partidos políticos, a los literatos y a los miembros del Parlamento". Esta dedicatoria figura, en inglés, en las ediciones alemanas de 1845 y 1892, pero no aparece en las ediciones norteamericana e inglesa de 1887 y 1892.*

(2) Engels se refiere a las insurrecciones de tejedores en 1844. En Schlesien (Silesia) el ejército intervino, específicamente en Langenbielau y Peterswalde, y ahogó la revuelta en sangre. En Böhmen (Bohemia), el mismo año, en los distritos de Leitmeritz y de Praga, los obreros tomaron por asalto las fábricas textiles y destruyeron las máquinas.

(3) Nombre de la primera máquina de hilar algodón. A partir de 1738, en Inglaterra se había hecho varias invenciones importantes en ese campo. La *Jenny* de Hargreaves fue perfeccionada en 1769-1771 por Richard Arkwright cuya máquina fue llamada *Throstle*. En 1779, Samuel Crompton perfeccionó su *mule*. Por último, en 1825, fue reemplazada por la máquina automática de Richard Robert, llamada *self-acting-mule* o *self-actor*.

(4) El 10 de mayo de 1876 se inauguró en Filadelfia (Estados Unidos) la sexta exposición industrial mundial. Entre los cuarenta países representados figuraba también Alemania. La exposición mostró que la industria alemana quedaba muy a la zaga de la industria de otros países y se regía por el principio "barato y podrido". Calificando de Jena industrial el atraso de la industria alemana, Engels alude a la derrota del ejército prusiano en la batalla de Jena, en octubre de 1806, durante la guerra contra la Francia de Napoleón.

(5) El bill de abolición de las leyes cerealistas fue aprobado en junio de 1846. Las llamadas *leyes cerealistas*, aprobadas con vistas a restringir o prohibir la importación de trigo del extranjero, fueron promulgadas en Inglaterra en beneficio de los grandes terratenientes (landlords). La aprobación del bill de 1846 fue un triunfo de la burguesía industrial, que luchaba contra las leyes cerealistas bajo la consigna de libertad de comercio.

(6) La ley que prohibía el pago del trabajo con mercancías fue aprobada en 1831; sin embargo, muchos fabricantes la infringían.

(7) La «*Pequeña Irlanda*» («*Little Ireland*»): uno de los barrios obreros más miserables en el arrabal sur de Manchester. «*Siete cuadrantes*» («*Seven Dials*»): barrio obrero del centro de Londres.

(8) El *sistema de cottages*: otorgamiento de la vivienda al obrero por el industrial en condiciones leoninas, descontándose del salario el importe del alquiler.

(9) Trátase de la huelga de más de 10 mil mineros en el Estado de Pensilvania (EE.UU.) que ocurrió desde el 22 de enero hasta el 26 de febrero de 1886. En el curso de la huelga, los obreros de los altos hornos y de los hornos de coquificación, que reivindicaban elevación del salario y mejora de sus condiciones de trabajo, alcanzaron una mejora parcial de estas últimas.

(10) "The Commonweal" («El bien común»): semanario inglés que aparecía en Londres de 1885 a 1891 y de 1893 a 1894, órgano de la Liga Socialista; en 1885 y 1886 Engels insertó en la revista unos cuantos artículos.

(11) "Die Neue Zeit" («Tiempos nuevos»); revista teórica de la socialdemocracia alemana, aparecía en Stuttgart de 1883 a 1923. De 1885 a 1894 publicó varios artículos de F. Engels.

(12) La *Carta del Pueblo*, que contenía las exigencias de los cartistas, fue publicada el 8 de mayo de 1838 como proyecto de ley a ser presentado en el Parlamento; la integraban seis puntos: derecho electoral universal (para los varones desde los 21 años de edad), elecciones anuales al Parlamento, votación secreta, igualdad de las circunscripciones electorales, abolición del requisito de propiedad para los candidatos a diputado al Parlamento, remuneración de los diputados. Las tres peticiones de los cartistas con la exigencia de aprobación de la Carta del Pueblo, entregadas al Parlamento, fueron rechazadas por éste en 1839, 1842 y 1849.

(13) La manifestación de masas que los cartistas anunciaron para el 10 de abril de 1848 en Londres, con el fin de entregar al Parlamento la petición sobre la aprobación de la Carta popular, fracasó debido a la indecisión y las vacilaciones de sus organizadores. El fracaso de la manifestación fue utilizado por las fuerzas de la reacción para arremeter contra la ofensiva contra los obreros y las represalias contra los cartistas.

(14) En 1824, el Parlamento inglés, presionado por el movimiento obrero de masas, tuvo que promulgar un acto aboliendo la prohibición de las uniones obreras (las *tradeuniones*).

(15) En 1867, en Inglaterra, bajo la influencia del movimiento obrero de masas, se llevó a cabo la *segunda reforma parlamentaria*. El Consejo General de la I Internacional tomó parte activa en el movimiento que reivindicaba esta reforma. Como resultado de ella, el número de electores en Inglaterra aumentó en más del doble y cierta parte de obreros calificados conquistó el derecho a votar.

(16) En 1884, en Inglaterra, bajo la presión del movimiento de masas de las zonas rurales se efectuó la *tercera reforma parlamentaria* haciéndose extensivas a las circunscripciones rurales las condiciones de obtención del derecho de voto establecidas en 1867 para la población de las circunscripciones urbanas. Después de

esta reforma quedaban aún sin derecho de voto importantes sectores de la población de Inglaterra: el proletariado rural y los pobres de la ciudad, así como todas las mujeres.

(17) La "Asociación Británica de Concurso al Fomento de la Ciencia" fue fundada en 1831 y existe en Inglaterra hasta hoy; los materiales de las reuniones anuales se publican como informes.

(18) Actualmente, podemos precisar algunos de los hechos que mencionó Engels. Arkwright no fue el inventor del telar mecánico; él solamente lo perfeccionó. De otra parte, Engels desconocía algunos descubrimientos e invenciones que se hicieron en otros países; así, por ejemplo, que cuando James Watt patentó su máquina de vapor en el año 1769, ésta ya había sido inventada en Francia, Alemania y Rusia.

(19) "Durham Chronicle" Semanario que aparecía en Durham (Inglaterra) desde 1820. En los años 40, era de tendencia burguesa liberal.

(20) La "Reformbill" (Ley sobre la reforma electoral) fue promulgada el 7 de julio 1832 por el rey inglés Wilhelm IV. Esta ley, se dirigía contra el monopolio político de la aristocracia terrateniente y financiera. Elimino los peores residuos feudales en el derecho electoral inglés y proporcionó el acceso al parlamento a los representantes de la burguesía industrial. Después se les quitó el derecho de mandar representantes a la Cámara de los Comunes a 56 localidades con menos de 2000 habitantes. Los terratenientes y propietarios de casas que pagaban al año por lo menos 10 libras esterlinas de impuestos recibieron el derecho electoral (por eso censo de 10 libras. El proletariado y la pequeña burguesía, protagonistas de la lucha por la reforma, fueron engañados por la burguesía liberal y no recibieron ningún beneficio electoral.

(21) Proyectos de ley discutidos repetidamente en el período de sesiones de 1844.

(22) Cf. al respecto mi "Esbozo de una crítica de la economía política" en los **Anales francoalemanes** [Obras de C. Marx y F. Engels, Berlín, 1957, t. I. pp. 499-524]. En ese trabajo el punto de partida es "la libre competencia"; pero la industria no es sino la práctica de la libre competencia y esta solamente el principio de la industria. (F. E.)

(23) Engels cita aquí el informe del predicador G. Altston que fue publicado primero en el órgano burgués radical "The Weekly Dispatch" y después en el periódico cartista "The Northern Star", N° 338, del 4 de mayo 1844.

(24) "The Times". Gran diario conservador fundado el 1 de enero de 1785 bajo el nombre de **Daily Universal Register**. El 1 de enero de 1888 tomó el nombre actual.

(25) El informe citado por Engels, proveniente de un comité elegido por los ciudadanos de Huddersfilds el 19 de junio de 1844 encargado de investigar la situación sanitaria de la ciudad, apareció el 10 de agosto de 1844 en el No. 352 del "**The Northern Star**".

(26) Engels utiliza la expresión latina. Según la tradición hacia el 494 (a. n. e.) los plebeyos sublevados contra los patricios se retiraron al Monte Sagrado, cercano a Roma. Del mismo modo, las reuniones de obreros tenían lugar en el Kersall-Moor, colina cercana a Manchester.

(27) En agosto de 1842, los obreros ingleses trataron de realizar una huelga general en varios distritos industriales (Lancashire, Yorkshire y otros). Durante la huelga, en algunas ciudades, se produjeron enfrentamientos armados entre huelguistas y tropas y fuerzas de policía.

(28) **The Manchester Guardian**, periódico burgués inglés que aparece en Manchester desde 1821, fue primero el órgano de los librecambistas (Free-Traders), más tarde se convirtió en el órgano del Partido Liberal.

(...)

(49) Carlyle ofrece en su **Past and Present** (Pasado y presente), Londres, 1843, una admirable descripción de la burguesía inglesa y de su repulsiva codicia; yo la he traducido en parte en los **Anales francoalemanes** [Obras de Marx y Engels, Dietz Verlag, Berlín, 1978, t. I, pp. 525-549] y ruego al lector que se remita a ellos. (F.E.)

(50) **Dejad hacer, dejad pasar:** en francés en el original (consigna de los partidarios del librecambio).